África, la última reserva estratégica mundial

Francisco José Berenguer Hernández

Capítulo tercero

El binomio territorio-recursos

La unión del área geográfica donde se han asentado los diferentes grupos humanos con los recursos que acoge dicha área se encuentra en el inicio mismo de conceptos de gran trascendencia en el desarrollo político. Este binomio contribuyó de modo esencial a generar ideas cada vez más complejas como territorio, dominio, patria y nación. Han sido tradicionalmente inseparables, alimentando una identificación permanente entre los tres elementos componentes del triángulo área geográfica (territorio), medios de subsistencia y prosperidad en él contenidos (recursos) y el grupo humano asentado en el territorio y explotador de sus recursos (población).

Estos conceptos, en su conjunto, han contribuido a crear una nueva dimensión de la conocida dicotomía *nosotros-ellos*, que se encuentra en la base de toda conciencia social de identidad propia o incluso nacionalismo. Se trata de la contraposición de *lo nuestro* frente a los elementos ajenos al grupo. Llevando este concepto a su extremo, trascendiendo numerosas veces el campo de lo racional para entrar de lleno en el sentimental, se han generado no pocos conflictos entre grupos humanos.

Así la aplicación exacerbada del conflicto *nuestro-vuestro* (Aznar Fernández-Montesinos 2011) lleva, por ejemplo, a determinadas sociedades a considerar propia el agua de un río que discurre también por el territorio

de otros grupos, o a explotar unilateralmente bolsas de hidrocarburos que se sitúan en el subsuelo a ambos lados de la frontera que separa dos países. Evidentemente estas situaciones solo pueden verse superadas a través de complejos tratados que permiten una distribución negociada del recurso, o mediante la guerra, que permite a un grupo hacer prevalecer sus derechos sobre los del otro. Pero estas situaciones, por frecuentes, no son las más habituales, sino aquellas en las que la localización del recurso en cuestión está inequívocamente dentro de las fronteras de una tribu, clan, nación o estado.

Por tanto la existencia de un determinado recurso dentro de un territorio, sobre todo si se trata de un bien escaso, no distribuido uniformemente entre las naciones, y a su vez de importancia capital para otras distintas de la poseedora de dicho territorio, tiene por sí misma la capacidad de generar conflicto. Y esto ha sido una constante a lo largo de la historia, aunque las palabras dignas de todo crédito de Bouthoul –fundador de la Polemología– parecen apuntar en otra dirección:

> «La economía es siempre [...] uno de los instrumentos de la guerra. Pero lo recíproco no parece ser cierto: la guerra no es siempre el instrumento de la economía» (Bouthoul, La Guerra 1971).

Sin embargo en nuestros días esta afirmación posiblemente ha dejado de tener validez, al menos plena. Superadas las grandes controversias ideológicas, fascismo-democracia liberal o capitalismo-comunismo, propias del muy violento siglo XX, y con las guerras religiosas, en el fondo otra forma de ideología, en los libros de historia excepto el componente religioso que se pueda conceder a las causas profundas del surgimiento y auge del fenómeno del terrorismo yihadista propio del inicio del XXI, las causas económicas parecen dibujarse como las principales de muchos de los conflictos actualmente en desarrollo. Y aún más en aquellos desgraciadamente por venir.

Y es que, como el propio Bouthoul reconoce en la misma obra, pocas páginas antes:

> «...cada época tiene sus motivos de guerra favoritos, que sorprenden a sus contemporáneos y alimentan sus reflexiones» (Bouthoul, La Guerra 1971).

La lucha por los recursos, imprescindibles ingredientes de la economía, y en consecuencia también directamente del poder de las naciones, aparece muy posiblemente como el motivo de guerra favorito de nuestra época, a pesar de que pueda ser considerada hasta cierto punto como una necesidad autoimpuesta. Tiene razón Bouthoul en considerar que la psicología de los pueblos les lleva a desear y necesitar cuantías de determinados recursos a las que podría renunciar (Bouthoul, *Tratado de Polemología* 1984), pero aceptar esta autolimitación como una decisión

voluntaria, extendible a la generalidad de las naciones y en tal magnitud que pueda superar la previsible carestía de ciertos recursos en el futuro, sería un ejercicio de buenismo que la experiencia y la más mínima perspectiva histórica nos lleva a rechazar como posible.

Las razones económicas en consecuencia, quizás no como causa única, pero siempre dentro de un régimen de concurrencia necesaria, aparecen como determinantes en el potencial belígero de nuestros tiempos, de tal modo que no se arriesguen los costes y daños que toda guerra produce sin que se esperen obtener de ella los beneficios materiales que se pretenden. Como ya indiqué en trabajos anteriores, es la única vía racional para entender el desigual interés que las potencias han demostrado en intervenir en situaciones de conflicto, catástrofe humanitaria –y más recientemente invocando la responsabilidad de proteger– en diferentes localizaciones del planeta, en las que las situaciones de necesidad extrema, las avalanchas de refugiados, la violencia sobre la población, la catástrofe humanitaria en definitiva, han sido similares, pero teniendo como elemento diferenciador evidente su muy distinta incidencia en el comercio mundial de recursos estratégicos.

Incluso más allá de esta concurrencia necesaria, muchos autores contemporáneos cifran en los motivos económicos la causa última y más profunda de numerosos conflictos de nuestros tiempos. Así Le Billón considera que, en las últimas décadas, los recursos naturales han pasado de financiar y sostener el esfuerzo bélico a ser la causa principal por la que se desatan las guerras (Le Billon 2005). Ilustra su argumento con ejemplos como la invasión iraquí de Kuwait o las diferentes guerras civiles del África subsahariana durante los años 90, particularmente la intervención de terceros países en la República Democrática del Congo.

De muy parecida opinión es Klare en su muy conocido libro de tan directo título (Klare 2003). Incluso Moran y Russell van más allá, considerando que la única posibilidad de un enfrentamiento entre Estados relevantes en el escenario internacional es ya posible en un escenario donde la motivación recaiga en la lucha por los menguantes recursos energéticos (Moran, Daniel y Russell, James A 2009).

Quizás el mejor resumen de esta situación sean las palabras de Peters en el sentido de que las guerras por los recursos constituyen una nueva realidad de la escena internacional que amenaza la seguridad global (Peters 2005). Sin embargo es necesario precisar que estando de acuerdo con el nivel de amenaza que supone la competencia por los recursos, no se trata sin embargo de un fenómeno *nuevo*. Más bien al contrario, como ya se ha indicado, se encuentra presente en los conflictos desde el principio de los tiempos, sirviendo muchas veces las motivaciones ideológicas, religiosas –si es que de diferente cosa se trata–, dinásticas u otras, más como máscara tras la que ocultar la motivación económica última de la

guerra, confundida y unida inexorablemente a la lucha por el poder, quizás el motor principal de la historia.

La contracción estratégica que, con Estados Unidos a la cabeza, está experimentando el mundo occidental, junto con el escenario de crisis económica de gran calado que paralelamente, y no por casualidad, sufre, no hacen sino ahondar en esta percepción de la guerra como necesaria solo si es rentable. Y del concepto de necesidad al de justicia solo hay un pequeño paso, que ya se ha dado numerosas veces en el pasado, y que se vuelve a dar con intensidad creciente en el presente.

Los conceptos de seguridad energética o seguridad alimentaria, por poner dos ejemplos de la máxima actualidad, ampliamente difundidos en la literatura actual, tenidos como justos en sí mismos, hasta el punto de encontrase incluso en el corpus doctrinal de Naciones Unidas, en el fondo se ajustan perfectamente al concepto de guerra justa por ser necesaria, defendido desde San Agustín a Carl Schmitt, pasando por de Vitoria o el mismo Maquiavelo, con las evidentes diferencias que entre los tratadistas se establecen en lo que cada uno considera necesario.

Así se consideraría inevitablemente como necesaria y consecuentemente justa una intervención militar, llegado el caso, para garantizar la seguridad alimentaria de la población de un país, zona en conflicto, etc. O se considera como *casus belli* –como ha dejado bien claro la administración estadounidense del presidente Obama– la hipotética interrupción unilateral por parte de Irán del flujo de hidrocarburos que, a través del estrecho de Ormuz, constituye un porcentaje irrenunciable del suministro energético de los principales consumidores mundiales. Probablemente en ambas circunstancias, que sirven como ejemplo, se logrará un amplio consenso internacional sobre la posibilidad del empleo de la fuerza.

Pero en el momento en que los recursos son menos que las necesidades entran, consecuentemente, en confrontación las seguridades –póngasele el apellido que se considere más adecuado– de diferentes grupos humanos. De este modo, la posesión en el territorio de un grupo de recursos que son considerados como necesarios por otro grupo humano distinto puede ser causa de dos fenómenos totalmente distintos. De una fructífera relación comercial como opción deseable, pero también de un conflicto, incluso armado, principalmente en el caso de que el recurso disponible no sea suficiente para satisfacer las necesidades de ambos grupos.

Por tanto se puede concluir que los conceptos de las diferentes seguridades, acuñados y celebrados profusamente en los últimos años, son válidos solo en supuestos de disponibilidad de excedentes, que han de ser distribuidos de la manera más justa posible, pero se adaptan mal a carestías severas de los recursos necesarios, pudiendo llegar a convertirse en una doctrina de alto riesgo en el caso, más que probable en la actualidad, de que la oferta se aleje progresivamente de la demanda de

ciertos recursos estratégicos. Alimentos, agua y energía son y serán quizás los recursos más evidentemente escasos y, por tanto controvertidos.

En estos casos salta a la superficie la necesidad de establecer la norma que haga prevalecer el derecho de un grupo sobre el de otro. Parece claro que la posesión del recurso en territorio propio debe imponerse, pero es evidente que las circunstancias descritas albergan un potencial belígeno cierto, al entrar en conflicto la defensa de intereses vitales de dos o más naciones.

Sin embargo hay que tener en cuenta que la conflictividad descrita puede deberse a dos fuentes. La primera desde una perspectiva más clásica, originada por una potencia exterior ambiciosa de los recursos propios de un país. Pero la segunda tiene una dimensión interna que no se puede olvidar, al tratarse de la privación del recurso a la población propia por parte de la clase dirigente del país, en aras de una comercialización ventajosa del recurso en los mercados internacionales. Este supuesto, aparentemente retorcido e improbable, puede que se esté dando ya en ciertos países del África subsahariana, al menos en lo que respecta a alimentos.

En conclusión, estudiar y tratar los recursos estratégicos disponibles en un área concreta, en este caso el África Central principalmente, puede arrojar luz sobre el futuro de la conflictividad en dicha zona, o al menos acerca de uno de sus impulsores principales.

Alteración del binomio en África

Lo dicho en el punto anterior es de aplicación general, no tratándose más que de una reflexión que pueda ayudar a enmarcar la situación de África Central en relación con los recursos que posee. Pero no es menos cierto que los esquemas y conceptos descritos se adaptan especialmente bien al modelo vigente durante siglos en el escenario internacional, el tantas veces citado estado westfaliano.

En África en general, y en la Central muy en particular, esos conceptos son válidos, no son sustituidos, pero es cierto que conviven con otros que tienen su origen en el peculiar transcurso de la historia reciente del continente, junto con las peculiaridades de la realidad política africana. Es lo que García llama la superposición del Estado a la sociedad (García Bilbao, *Escasez de Recursos y Políticas Africanas*, Monografía del CESEDEN nº 123 2011).

Todas estas circunstancias hacen que el esquema clásico territorio-recursos se encuentre en muchos aspectos alterado, produciendo un escenario habitualmente más complejo al que se adaptan mal los preceptos del derecho internacional y los usos y costumbres imperantes en las interrelaciones de la comunidad internacional.

Indefinición y permeabilidad de las fronteras

Aunque la relación continuada entre los pueblos de África Central, sobre todo aquellos situados en el interior alejado de las costas, y los europeos es relativamente reciente, y por tanto su presencia en la historia convencional, al fin y al cabo disciplina definida en sus términos actuales en Europa, igualmente centrada en épocas relativamente frecuentes, los estudios multidisciplinares junto a la riquísima tradición oral africana, han permitido dibujar un escenario político no tan alejado de los acontecimientos acaecidos en la misma Europa.

Efectivamente, durante los siglos XVII, XVIII y la primera mitad del XIX, se crearon en la zona poderosos reinos con ambiciones que se pueden catalogar sin duda como imperiales, como fue el caso del sistema político de los Mossi en la región del Volta o el imperio Lunda en África Central. O al menos presentaban una consistencia estatal notable que hacía presagiar un engrandecimiento futuro, como fue el caso del reino de Benín (Coquery-Vidrovitch y Moniot 1985). La principal diferencia con los procesos similares sufridos por el viejo continente es que, posiblemente ante la impronta profundísima de Roma, las potencias en expansión europeas han tenido un marcado carácter universalista, muy al contrario de lo sucedido en África, donde estos reinos tuvieron sin excepción un componente étnico esencial, perfectamente trazable aún en la región. Buenos ejemplos de estos *imperios* pueden ser los reinos Shona, Merina o el más conocido Zulú, que prolonga incluso hoy día su existencia de algún modo en los estados de Lesotho y Swazilandia (Cortés López 2007).

El nacimiento y crecimiento de estas auténticas naciones, que probablemente ante un transcurrir sin injerencias no africanas en el continente habrían causado la aparición al cabo de cierto tiempo de varios grandes Estados similares a las principales naciones europeas, se vio súbitamente truncado por la súbita aparición de las potencias coloniales que, superiores en organización y técnica, impidieron el normal ajuste de los pueblos africanos en función de sus propias dinámicas.

De este modo la política europea sustituyó a la africana en la conformación de las naciones. Los reinos citados y otros similares, poderosos en su contexto, se opusieron a las potencias coloniales, con lo que fueron destruidos militarmente. Se truncó así la posibilidad del posterior nacimiento de modernas naciones africanas construidas sobre estos imperios. El engrandecimiento de Prusia, desde modesto principado hasta liderar la creación de la moderna Alemania, es un claro ejemplo del modelo potencial negado a África como consecuencia del período colonial.

Aunque el período colonial fue breve, aproximadamente desarrollado entre 1885 y 1960 (Bertaux 1994) la huella que ha dejado en África es enorme. Alteró definitivamente los procesos políticos indígenas, exten-

diéndose sus efectos no solo en la actualidad, sino sin duda por muchas décadas cuando no siglos. De hecho, en una estrategia imitada por todas las potencias coloniales, se buscó disminuir el poder de la etnia dominante en los distintos territorios apoyando a otra u otras etnias, normalmente minoritaria y subyugada hasta entonces. Estas etnias ahora favorecidas por el nuevo poder proporcionaron las élites, normalmente formadas en la metrópoli, que heredaron el poder tras el proceso revolucionario. Quizás el caso más conocido de este proceso perturbador, pero en realidad solo uno más de los múltiples ejemplos de este proceso, los Ibo en Nigeria o los Sara en el Chad son muy similares (Coquery-Vidrovitch y Moniot 1985), es el provocado por la potencia colonizadora en el corazón de África en las relaciones entre tutsis y hutus, con consecuencias tan recientes y aterradoras.

Se trató en consecuencia de un modo de mutación, en este caso política, introducida artificialmente en un proceso de evolución natural, cuyo resultado final, plenamente visible en la actualidad, tiene mucho que ver con el tema de este capítulo, ya que contribuyó a la definición de unas fronteras absolutamente artificiales, además de ajenas como concepto jurídico a los africanos –autoconsiderados ocupantes del territorio que no poseedores del mismo (Bertaux 1994)– que tras los procesos de independencia conformaron el mapa político de África. Y, como ya se ha intentado establecer en el punto anterior, las fronteras y los recursos estratégicos mantienen una compleja pero permanente relación.

Es este el legado principal de la época colonial en relación con los recursos en África. Unas fronteras ficticias, e incluso absurdas las más de las veces, que se incardinan profundamente en los conflictos interafricanos. Además se da la circunstancia de que las respectivas independencias, obtenidas en la mayoría de los casos de un modo evidentemente, hoy, prematuro, lo hicieron ya bajo el paraguas de la entonces joven Organización de las Naciones Unidas y sus declaraciones y resoluciones, privando a las nuevas naciones africanas del mecanismo regulador tradicional de las fronteras en base al cual se han conformado el resto de los continentes. Es decir, la guerra.

Una comunidad internacional, lógicamente sensibilizada ante los aún recientes acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, fuertemente intervencionista, principal y crecientemente a través de las organizaciones internacionales, así como la evolución de las teorías imperantes en las relaciones internacionales, han dado como resultado la imposibilidad de llevar a cabo los procesos de ajuste entre naciones de nueva aparición que sí se ejecutaron en Europa, Asia y América hasta alcanzar una posición de equilibrios relativos que dio como resultado la creación de las naciones contemporáneas con un trazado *definitivo* de las fronteras. Aunque esta visión no sea atractiva, ya que hay que subrayar de nuevo que el principal mecanismo es la guerra, lo cierto es que la imposibili-

dad de realizar estos ajustes perpetúa situaciones de inestabilidad que, a largo plazo, pueden ser más lesivas, cruentas y empobrecedoras que guerras breves y decisivas. Es este un asunto muy complejo que debiera ser cuando menos motivo de análisis y reflexión.

Con unos planteamientos heredados de lo anteriormente expuesto, se ha considerado en consecuencia como anatema durante décadas la posibilidad de modificar las fronteras de las nuevas naciones, independientemente del método a utilizar, para ajustarse quizás con mayor naturalidad a la realidad de las cosas. Pero este principio parece que empieza a resquebrajarse en el continente con la reciente secesión de Sudán del Sur. Se trata sin duda de una apuesta arriesgada, de la que es muy difícil aventurar un pronóstico a largo plazo, pero la inviolabilidad de las artificiosas fronteras heredadas ha cosechado un fracaso repetido en numerosas naciones de la zona, por lo que la posibilidad de ajustes, patrocinados por la comunidad internacional y consensuados hasta donde sea posible por los actores implicados, es una posibilidad sobre la que al menos también se debería reflexionar sin prejuicios.

Un problema añadido a lo expuesto es la debilidad endémica de muchos de los Estados implicados. Como consecuencia su capacidad para controlar y proteger sus fronteras es baja, influido este hecho también por la difícil orografía, los grandes espacios, el carácter selvático de buena parte del trazado, etc. Son fronteras muchas veces poco definidas, generalmente mal controladas y, en definitiva, permeables. Esto hace posible a través de ellas no solo el evidente tránsito incontrolado de personas, actividades del crimen organizado, acciones terroristas, etc, sino incluso de cantidades y volúmenes enormes de recursos que extraídos en el territorio de una nación son transportadas a otra vecina para desde allí ser comercializados. Baste como ejemplo el caso del conocido coltán, que extraído en su práctica totalidad a nivel regional en territorio de la República Democrática del Congo ha tenido en Ruanda el primer productor mundial en 2010[1], cuyo ejército ha ocupado ilícitamente este territorio vecino con esta finalidad (Oya y Santamaría 2007).

Naciones imperfectas

Evidentemente la existencia de cualquier nación como ente perfecto es impensable. Ni siquiera naciones con la amplísima disponibilidad de recursos de toda índole, como Rusia y Brasil, quizás los dos ejemplos más destacados, han sido capaces hasta la fecha de construir sobre esa envidiable base, sociedades donde la desigualdad, la injusticia social o incluso la pobreza de una parte considerable de la población estén ausentes. Pero la experiencia y el más leve análisis histórico nos muestra

[1] World Mineral Production 2006-2010, British Geological Survey.

cómo, independientemente de los recursos disponibles, la incapacidad de muchos de los Estados para hacer prevalecer su autoridad y derechos en todo el territorio incrementan notablemente todo tipo de lacras y calamidades. En esas circunstancias el *gran protector* no desempeña sus funciones adecuadamente, y la transferencia de autoridad entre el individuo y el Estado, que tiene el carácter defensivo de asegurar la supervivencia del primero (Hobbes 1989), se desmorona, creando un fértil campo de acción a una variedad de actores no estatales, generalmente extorsionadores y esclavizantes. De esto, y no de otra cosa, se habla cuando la práctica totalidad de los catálogos de riesgos y amenazas de los documentos de nivel estratégico de todas las naciones y organizaciones internacionales nombran a los estados fallidos como multiplicadores de riesgos o amenazas en sí mismos.

Evidentemente algunos de los Estados africanos protagonistas de este documento son en mayor o menor medida fallidos, si no en su sentido absoluto como es el caso de Somalia, paradigma de esta triste categoría, sí al menos en determinadas zonas o regiones del país donde la acción del Estado no llega o lo hace de una forma intermitente y débil. Es por este motivo por el que al hablar de la explotación de los recursos africanos la presencia de los actores no estatales es tan determinante, al recaer en ellos en mayor medida que en otras zonas del planeta la explotación y comercialización de una porción considerable de los recursos más valiosos.

Recursos y reservas en África subsahariana

Es conveniente en este momento regresar a lo tangible, recorriendo brevemente el panorama de los recursos disponibles en la región, sin que esto signifique intención alguna de hacer una relación exhaustiva, pero sí apoyar el argumento principal alrededor del cual se articula este capítulo.

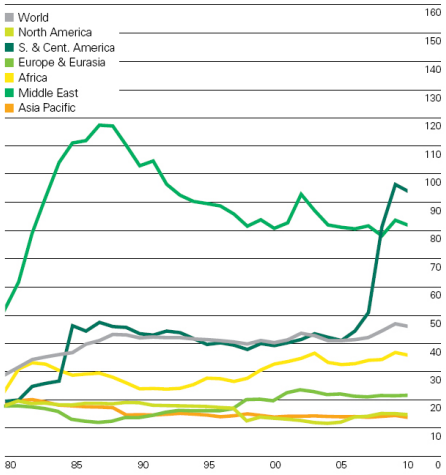
Petróleo

Frente a unos Estados ribereños del Mediterráneo ricos en hidrocarburos que son explotados desde hace décadas, tras la barrera que supone el Sáhara, los países del África Negra son en gran medida unos *recién llegados* a los grandes mercados del crudo. En esa condición su peso en el mercado global del petróleo, posiblemente el principal protagonista del panorama mundial de los recursos en los últimos sesenta años, es aún relativamente bajo. La zona estudiada contribuye, según las últimas cifras consolidadas[2], un 6,4% a la producción mundial anual, mientras que las reservas probadas se sitúan actualmente en solo el 4,4% de las totales. No obstante las amplias zonas, tanto en tierra firme como en el

[2] BP Statistical Review of World Energy, de junio de 2011.

mar, aún sin las necesarias prospecciones exploratorias permiten augurar, dada la experiencia en situaciones similares en otras regiones del planeta, el aumento de las reservas en un futuro próximo.

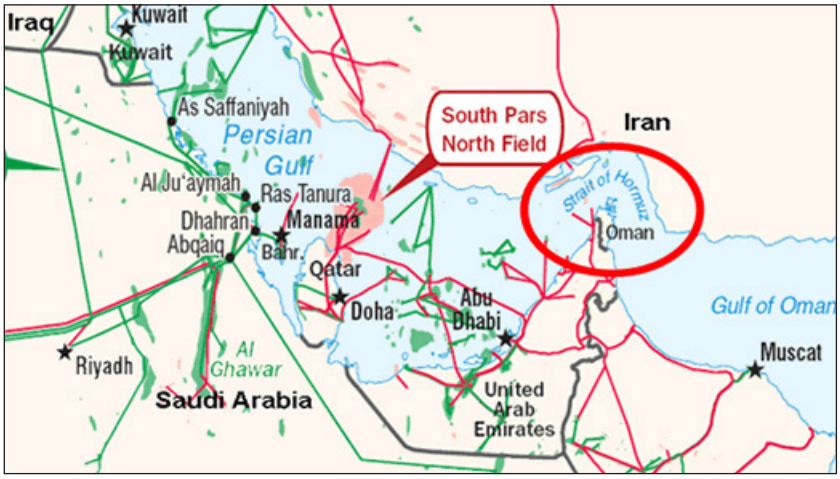
De hecho, como puede apreciarse en el gráfico posterior, a pesar del incremento de la producción en algunos países de la zona –el más destacado de ellos el de Nigeria, con un aumento de 340.000 barriles/día, el mayor crecimiento de producción en todo el mundo[3] por amplio margen– el ratio entre producción y reservas probadas crece lenta pero constantemente en África, mientras que experimenta un marcado descenso, quizás ya irreversible en Oriente Medio.



Evolución histórica del ratio entre reservas y producción de petróleo[4]

Pero además de la producción actual, las reservas probadas y aquellas que muy probablemente se vayan descubriendo, el petróleo africano presenta una ventaja determinante frente al obtenido en otras regiones. Del mismo modo que el petróleo argelino o libio, por su dulzura y facilidad de refino, es considerado el referente de calidad del mercado petrolero mundial, el petróleo africano disfruta aparentemente del nivel óptimo en cuanto a la facilidad de extracción y, sobre todo, de transporte. Si se observa el siguiente gráfico, que representa la ruta que durante su transporte ha de seguir la mayor parte de la producción de la región petrolera más importante del mundo, que soporta un tránsito diario de unos 17 millones de barriles día, es fácil comprender las implicaciones en el ámbito de la seguridad que ese movimiento de buques petroleros supone.

[3] Ibídem.
[4] Ibídem



Conducciones de hidrocarburos alrededor del estrecho de Ormuz

A la hora de escribir estas palabras están aún recientes las fintas y amenazas[6] que se han intercambiado entre Irán y los Estados Unidos en relación con el posible cierre de Ormuz al tráfico marítimo y el enorme impacto que esta acción tendría en la economía mundial. La muy compleja geopolítica de Oriente Medio hace que, aunque su aporte diario a los mercados de hidrocarburos sea imprescindible, el impulso en la búsqueda de mercados alternativos, que presenten menos riesgos a la seguridad energética mundial, sea cada vez mayor. Es en este sentido en el que está alcanzando un valor creciente la producción del África Negra.

Por supuesto no se pueden considerar a los países productores de la región ajenos a riesgos, pero en cualquier caso estos son de menor enjundia que los experimentados en Oriente Medio e incluso el norte de África, como se demostró durante la guerra civil en Libia. Además la ubicación marítima de muchos de los campos petrolíferos africanos permite garantizar la seguridad de los mismos más fácilmente, tanto en la fase de producción como en la de carga y transporte en los buques petroleros, que alcanzan alta mar inmediatamente sin tener que realizar su tránsito por *chokepoint*[7] alguno.

Hay que añadir que lo dicho en los párrafos anteriores no es solo aplicable a la potencial conflictividad entre Estados o a la más probable aparición de guerras intraestatales, insurgencias, guerrrillas, etc., sino también a las acciones del terrorismo internacional, más fácilmente ejecutables en otras localizaciones y condiciones distintas a las de África Negra.

5 US Energy Information Administration.

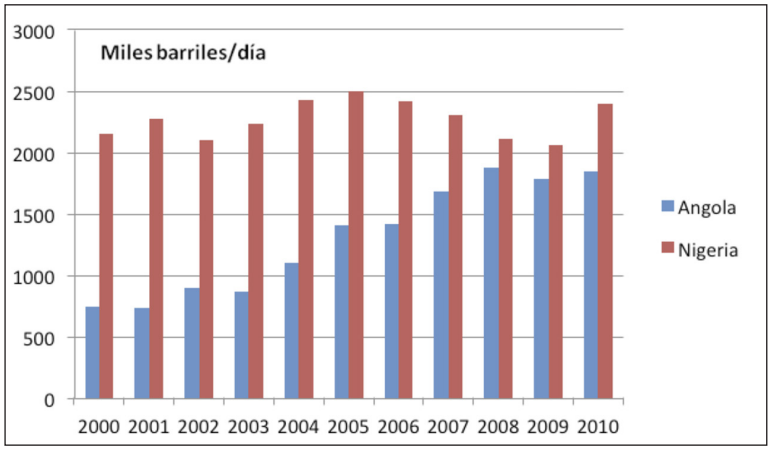
6 http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2012/DIEEEA08- 2012_FintasyamenazasenOrmuz_FJBH.pdf.

7 Estrechos marítimos con efecto de *cuello de botella*.

En definitiva, como puede implícitamente concluirse de las palabras del presidente Obama en una de sus periódicas alocuciones a los ciudadanos estadounidenses, más concretamente el 2 de abril de 2011[8], apoyadas por palabras en el mismo sentido de la mayoría de los gobiernos occidentales, el mundo empieza a estar cansado del interminable pulso que supone abastecerse de hidrocarburos de alguna de las regiones más conflictivas y convulsas del planeta. Ese es quizás el principal motivo de que el petróleo africano cotice al alza en el mercado geopolítico del petróleo.

Dos factores adicionales incrementan el valor del petróleo centroafricano. El primero de ellos es su calidad. El extraído en Nigeria, por ejemplo, se encuentra dentro de los mejores estándares, lo que incrementa evidentemente su apetencia en los mercados. Pero además el segundo de ellos favorece actualmente a los Estados exportadores, a pesar de su sabor agridulce. Se trata del muy limitado consumo interno[9], signo inequívoco del bajo nivel de desarrollo, pero que en su vertiente positiva ofrece la oportunidad de exportar la mayor parte de la producción, incrementando así la cuantía de las ventas.

De las naciones petroleras de la zona, sin duda las más importantes son Nigeria y Angola, aunque la mucho menor cuantía de la producción de otras naciones, sobre todo de las más pequeñas son de similar o incluso mayor significación para las economías nacionales, como es el caso, por ejemplo, de Guinea Ecuatorial. Ambos productores regionales principales han experimentado en su producción la evolución que puede observarse en el gráfico que sigue, en la que se observa una tendencia general creciente.



Evolución de la producción de Angola y Nigeria[10]

[8] http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2011/DIEEEA10_2011ReduccionDependenciaPetroleo.pdf.

[9] Apenas el 1,5% del consumo energético mundial para el conjunto de la zona en estudio.

[10] Elaboración propia a partir de datos de la US Energy Information Administration.

El liderazgo regional de Nigeria, no exclusivamente debido a ella pero sí con su riqueza petrolera como la principal herramienta, es evidente. Hecho que se ha manifestado en los últimos tiempos, tanto en organizaciones multinacionales como la Comunidad Económica de los estados de África Occidental como mediante la participación de sus comparativamente imponentes Fuerzas Armadas en los distintos conflictos regionales, en los que ha ejercido, bajo paraguas de naciones Unidas y la Unión Africana, dicho liderazgo activamente. De nuevo la posesión en cantidades sustanciales de un recurso estratégico tan valorado supone un factor potenciador de la capacidad e influencia nacional. Como consecuencia y a la vez prueba de lo anterior es fácil comprobar cómo el crecimiento económico de los últimos años es significativamente mayor en los países exportadores de petróleo que en el resto de la región (Abizanda Estabén 2011).

Pero obviamente este alentador panorama no está exento de dificultades. Una de ellas es que a diferencia de la región del golfo Pérsico, donde todas las naciones disponen de abundantes reservas tanto de petróleo como de gas, en el caso del África Central estas se encuentran por el momento concentradas en el golfo de Guinea y ni siquiera allí de un modo generalizado. Por tanto solo algunos países de la zona producen cantidades significativas de petróleo, destacando, además de los dos grandes exportadores citados, países como Gabón, Congo o Guinea Ecuatorial.

Este último país, siempre de interés para España, ha sufrido el agotamiento progresivo de sus principales pozos, en el conocido campo Zafiro, pero se espera que logre compensar esta circunstancia mediante la plena puesta en marcha del campo conocido como Aseng, de más reciente explotación.

La endémica debilidad e inestabilidad de algunos de los gobiernos regionales es un freno al desarrollo del sector, sobre todo en una perspectiva a largo plazo. La causa es la dificultad que puede experimentar el desarrollo de la futura red de interconexión africana por medio de conducciones de gas y petróleo, tanto entre los países productores de la zona como desde ellos, y a través del Sahel, hacia los productores norteafricanos y de allí a Europa. Los miles de kilómetros necesarios de líneas y estaciones de bombeo, que además transportan combustibles inflamables, son infraestructuras muy vulnerables. Pueden ser atacadas con medios e instrucción muy escasos y deficientes, pero que bastan para interrumpir el suministro durante ciertos períodos de tiempo. Ante su enorme extensión la protección física es imposible, por lo que no cabe otra opción que confiar en la buena voluntad de las autoridades reales que controlen de facto su paso por los diferentes territorios. Voluntad que, en caso de conflicto, debe de ser ganada posiblemente con medios más allá de la mera donación de un porcentaje de los beneficios generados por el tránsito de los hidrocarburos.

Situaciones tan complejas como las que vive el máximo productor regional, Nigeria, son representativas de este tipo de problemas. Como ejemplo citar que el conflicto entre el norte musulmán y el sur cristiano, en cuyo marco se sitúa la acción de grupos yihadistas, puede hacer desaconsejable emprender las grandes inversiones que la interconexión de las zonas productoras continentales necesita. En su zona de actuación, actualmente en expansión según las últimas noticias llegadas desde el norte de Mali y la revuelta tuareg, el grupo Boko Haram podría en una situación determinada y con gran facilidad bloquear la citada interconexión desde el delta del Níger hacia el norte. Estas posibles acciones son mucho más sencillas y faltas de riesgo para los terroristas que los ataques directos a las instalaciones o personal directamente relacionado con la extracción del crudo.

Por último citar otra cuestión capital que ensombrece el panorama energético regional. Se trata de un aspecto destacado por numerosos autores, de los cuales Oya y Santamaría definen la situación como una explotación del petróleo en el golfo de Guinea «a espaldas de la población local» (Oya y Santamaría 2007). Con esta expresión quieren significar como los intereses de las empresas explotadoras y, aún más grave, de los gobiernos locales, se imponen a los de las poblaciones de las zonas productivas, descuidando los aspectos medioambientales hasta el punto de causar graves daños a las actividades tradicionales, pesca y agricultura. De este modo dichas poblaciones no participan directamente de las ventajas de tan importante actividad económica, pero sí de unos inconvenientes capaces de alterar el medio.

Este panorama tiene especial significación en las explotaciones *offshore*, en las que las poblaciones autóctonas apenas participan, siquiera como mano de obra poco cualificada, al estar la producción situada en las plataformas marítimas, operadas por técnicos extranjeros y con salida del producto por vía marítima.

Gas natural

A pesar de la creciente importancia que el gas natural ha alcanzado en el panorama energético mundial, su presencia e importancia en África Central es todavía muy escasa y, desde luego, incomparable con la que tiene el petróleo. El principal motivo de esta situación es la falta de inversión en el sector gasero, de modo que ante la asociación que en muchas ocasiones presentan el petróleo y el gas en los yacimientos, la mayor parte del gas obtenido en la región se reinyecta en el subsuelo en el mejor de los casos, pero de un modo más generalizado directamente se quema tratándolo no como un recurso valioso sino como un residuo de la extracción petrolera.

No obstante esta situación parece que empieza a cambiar lentamente, como demuestran los recientes cambios normativos en Nigeria, encami-

nados a adoptar políticas de aprovechamiento del gas impidiendo su quema improductiva. Todo se enmarca en una conciencia creciente del valor de este recurso y de la perspectiva de emprender en un futuro próximo inversiones que permitan el aumento significativo de la comercialización del gas, preferentemente en el formato de Gas Natural Liquado (LNG) como ya se hace en este momento, producto con un mercado en franca expansión y del que España es uno de los mayores consumidores mundiales. Tanto el productor como el consumidor han de realizar importantes inversiones en infraestructuras industriales de licuación y regasificación del gas natural, pero la no dependencia de las conducciones físicas que suponen los gaseoductos y el transporte del LNG en grandes buques gaseros abren al productor un amplísimo abanico de clientes potenciales, evitando así el tránsito del gas por zonas inestables o en conflicto, el posible uso coercitivo del derecho de tránsito de los países que atraviese el gaseoducto e incluso minimizando los riesgos procedentes del terrorismo, como ya se ha tratado anteriormente.

Se trata por tanto de un sector económico que se encuentra en el inicio de su despegue en la región, en la que a buen seguro complementará en un futuro a medio plazo las exportaciones de petróleo.

Entre tanto, en un breve recorrido por los principales países petroleros, se observa como Nigeria, situada en el puesto 10[11] en el listado de los productores mundiales de crudo, desciende hasta el puesto 25[12] entre los productores de gas.

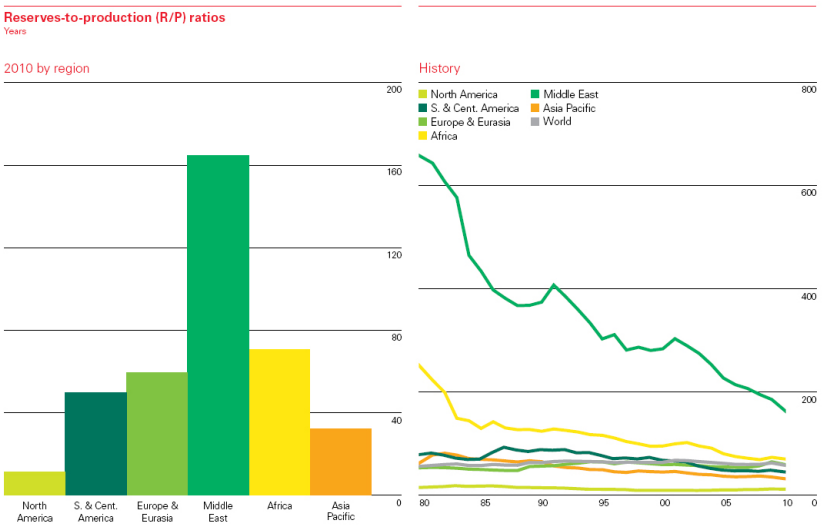
En Angola la situación es aún más desequilibrada, pues del puesto 15[13] entre los productores de petróleo desciende hasta el 66[14] entre los de gas. Los planes para comenzar la producción de LNG ya están en marcha, marcando el proceso que van a seguir todos los productores del golfo de Guinea antes o después. Como es el caso de Guinea Ecuatorial, que aunque ocupa un modesto puesto en el listado de productores de gas, concretamente el 46[15], tiene previsto duplicar su producción en breve tras la entrada en servicio de una segunda planta de producción de LNG que se unirá a la inaugurada en 2007. Se espera que esta nueva infraestructura pueda comenzar la producción en 2016.

Un caso especial en la región y en referencia al gas natural es el de la República Democrática del Congo. País paradigmático en cuanto a las riquezas naturales que posee, también lo hace en el caso del gas, con unas de las mayores reservas probadas del área. Aún no orientada principalmente a la exportación, el Congo está actualmente usando una parte de

11 US Energy Information Administration.
12 Ibídem.
13 Ibídem.
14 Ibídem.
15 Ibídem.

su gas en la producción de energía eléctrica primaria para consumo interno. Aunque la mayor parte se reinyecta o quema, lo cierto es que está iniciando el uso del gas en beneficio directo de su población, elevando la calidad de vida y la capacidad productiva de otros sectores, en una modalidad distinta a la seguida, por ahora, por otros países.

En conjunto se puede decir que los recursos gasísticos de la zona están explotados muy por debajo de sus posibilidades. En el gráfico siguiente[16] se puede observar como el ratio entre reservas y producción desciende también en África.



El motivo es que a pesar de esta relativamente escasa explotación la producción se incrementa lentamente, mientras que las inversiones dedicadas a localizar las muy probablemente abundantes bolsas de gas en el subsuelo de la región son escasas. Por tanto, y en contra de lo que pareciera desprenderse de la mera contemplación del gráfico, el futuro del gas en África, o más bien el futuro de África en relación con el gas, es esperanzador por diferentes motivos. Una prueba de ello y de la rentabilidad de las inversiones realizadas recientemente en la búsqueda de este recurso es el anuncio realizado a finales de 2010 por empresas italianas, que en la provincia de Cabo Delgado, Mozambique, han encontrado, también *offshore*, dos importantes bolsas de gas, que a lo largo del pasado 2011 han llevado a especular con la posibilidad de que el país se convierta a no muy largo plazo en un nuevo gigante gasístico.

Estas noticias parecen confirmar que la existencia de grandes reservas por descubrir es muy probable, a lo que se suma las ventajas explicadas

[16] BP Statistical Review of World Energy, de junio de 2011.

en el punto dedicado al petróleo en lo referente a las explotaciones *offshore*, que son compartidas en gran medida por el sistema de comercialización del gas basado en su conversión en LNG y su transporte por medio de grandes buques gaseros. Este procedimiento además de obtener ventajas en materia de seguridad, muy a tener en cuenta ante la inestabilidad actual del Sahel, permite diversificar clientes, aumentando de este modo la libertad política de los gobiernos africanos. Sin olvidar las grandes ventajas medioambientales que la producción de gas supone frente a la del petróleo, responsable directo de la degradación de amplias zonas.

Esto no significa en modo alguno que el gas vaya a sustituir al petróleo como el principal recurso energético a exportar por los países de la zona, pero sí que va a complementarlo con una tendencia ascendente, incrementando los recursos financieros de los gobiernos y aportando también una fuente de energía óptima para propulsar el desarrollo interno de sus países, principalmente como medio para obtener cantidades cada vez mayores de electricidad.

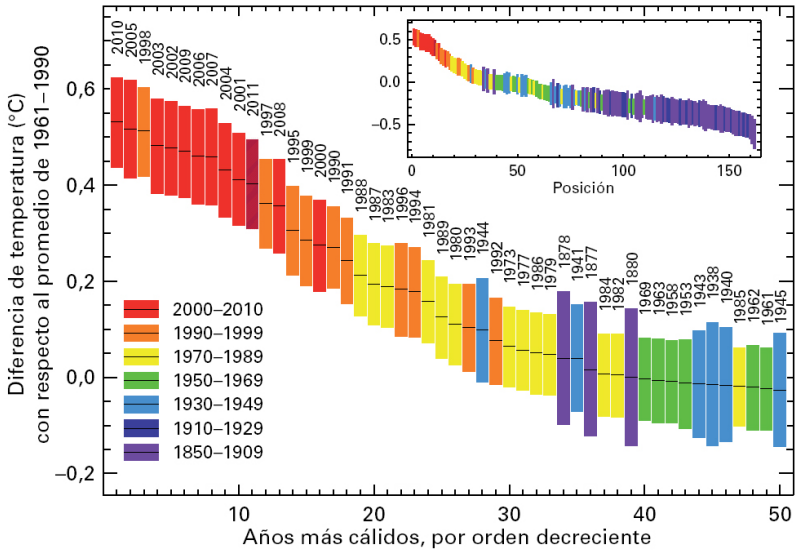
La otra cara de la moneda es la grave y prolongada crisis económica, que dificulta que sean acometidas grandes inversiones por las compañías energéticas internacionales. Sin embargo la tendencia general es el aumento sostenido de la demanda del gas en las próximas décadas –para muchos autores la energía que va a protagonizar buena parte del siglo– lo que provocará muy probablemente el impulso de la explotación del gas del África Negra, realizando en su momento las inversiones necesarias para aprovechar su indudable potencial.

Agua

Con un protagonismo menos marcado que otros recursos estratégicos, el vital recurso del agua es sin embargo de una importancia máxima en la zona de estudio. No solamente por la obviedad del consumo humano, sino por el hecho de que en esta región la incidencia de la agricultura y la ganadería en la actividad económica es muy superior a la que supone en otras regiones del planeta. Ambas actividades requieren de la disponibilidad de grandes cantidades de agua para sobrepasar la barrera de la economía de mera subsistencia, desgraciadamente tan extendida en la región.

Tanto la cantidad como la calidad del agua disponible se está viendo afectada por un período de pluviosidad muy variable en las últimas décadas (Fuente Cobo 2006), que llega a ser desconcertante por sus variaciones extremas en los últimos años. Además en la figura[17] que sigue se puede

[17] Declaración de la Organización Meteorológica Mundial sobre el estado del clima mundial en 2011.



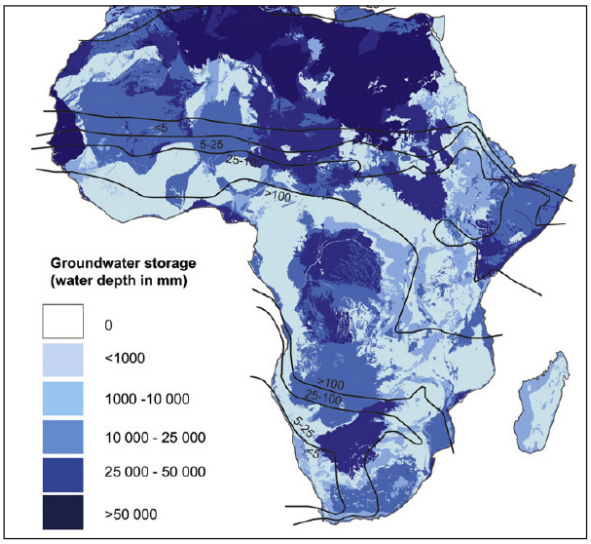
apreciar como hay un efecto a escala global de calentamiento que está afectando también al área en estudio.

De hecho, aunque ligeramente inferior en los registros a 2010, que fue en África el más caluroso desde que se dispone de datos, 2011 fue otro año más testigo de muy altas temperaturas. Sin embargo el efecto directo en las precipitaciones es variable, alternando efectos de sequía prolongada como la sufrida en África Oriental en el pasado 2011 con otros de lluvias torrenciales como las sufridas en Nigeria entre el 26 y el 29 de agosto del mismo año[18]. Ambos fenómenos dañan la disponibilidad de agua, bien por su escasez, bien por su contaminación al producir grandes crecidas que sobrepasan los límites de los cauces, poniendo al agua en contacto con todo tipo de materiales.

En cualquier caso la evolución del clima –cambio climático si se quiere– amenaza al África Negra desde varios frentes. Uno de ellos es con referencia a los recursos básicos y entre estos muy especialmente al agua (Paz 2010).

La citada variabilidad de las lluvias y la dificultad de una predicción fiable a largo plazo, unidas a las enormes inversiones necesarias para lograr regular y almacenar adecuadamente el agua procedente de la lluvia, ha activado recientemente el estudio de las reservas de agua disponibles en el subsuelo, que se pueden observar en el mapa a continuación (McDonald, y otros 2012).

[18] Declaración de la Organización Meteorológica Mundial sobre el estado del clima mundial en 2011.



Estas reservas son especialmente interesantes en la región porque es la mayor fuente de agua potable consumida por la población. Siempre según los citados autores, el volumen de agua disponible en el subsuelo africano representa al menos cien veces la cantidad de agua potable que se renueva al año, lo que sin duda supone una cantidad ingente. Sin embargo estas buenas y recientes noticias no dejan de tener una cara menos positiva. En primer lugar, como puede apreciarse en el mapa, la distribución de reservas es muy poco uniforme. De hecho se da la circunstancia de que las zonas más secas en superficie ocultan bajo su suelo las mayores cantidades. Sin embargo el África Central, buena parte de ella húmeda y selvática, dispone de menos reservas, especialmente en el golfo de Guinea. No se trata por tanto de una solución paliativa a la demanda creciente de agua que pueda ser válida para toda la región por igual.

En segundo lugar, y ligado con el anterior factor, hay que tener en cuenta que los límites de las bolsas de agua evidentemente no coinciden con las tan citadas artificiales fronteras de las distintas naciones, por lo que es fácil inferir que la explotación no ordenada y consensuada, al menos a nivel regional, de este recurso podría producir un conflicto similar al que tradicionalmente ha enfrentado a los países ribereños de los Grandes Lagos y los diferentes brazos del Nilo. Aún peor posiblemente, ya que la explotación del agua del Nilo está regulada por un antiguo tratado del período colonial, que favorece sobre todo los intereses de Egipto, pero al menos existe un texto legal al que referirse. Por el contrario las aguas subterráneas deben de ser objeto, más pronto que tarde, de una regulación que permita una explotación justa y racional, pues en gran medida constituyen la mayor garantía de la disponibilidad de agua para el con-

sumo e incluso posiblemente de la seguridad alimentaria de gran parte de África.

Y por último hay que tener siempre en mente que no se trata, nunca mejor dicho, de un pozo sin fondo, sino de un recurso amplio pero finito. En efecto, parece darse la circunstancia de que el agua subterránea procede menos de la filtración del agua de la superficie que de la acumulación a lo largo de miles de años de esta agua entre capas de roca dura y poco porosa, por lo que no se trata de un recurso completamente renovable y su explotación estaría limitada en el tiempo, de un modo hasta cierto punto similar al proceso de explotación del gas y el petróleo. A partir de un cierto consumo anual las reservas en consecuencia disminuirían hasta agotarse.

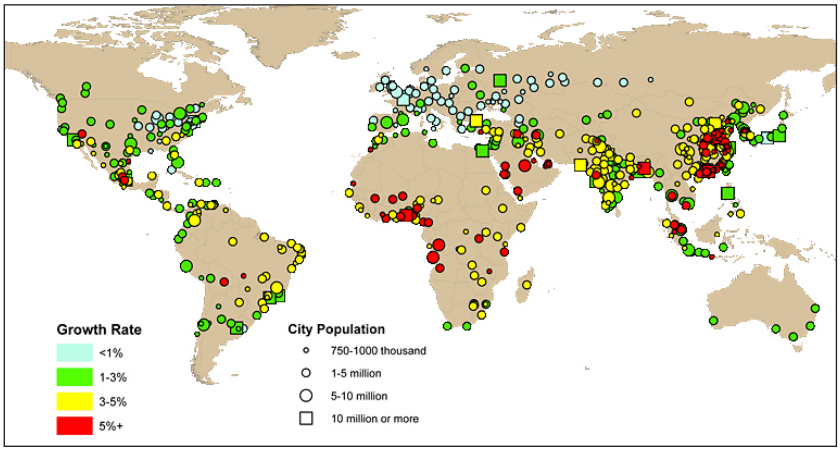
A pesar de estos datos preocupantes, lo cierto es que el problema del agua en África Negra es más de gestión que de disponibilidad, aunque esta pueda verse progresivamente afectada por la evolución del clima.

Hay varias circunstancias que avalan esta afirmación. Con una parte de la población muy dispersa en pequeños poblados rurales, los gobiernos carecen de los recursos para construir las infraestructuras necesarias que hagan llegar agua potable a tantos núcleos de población, muchas veces muy extendidos en vastas extensiones de terreno. Como consecuencia de ello se abastecen de las aguas subterráneas, pero con técnicas tradicionales y muchas veces rudimentarias que incluso contribuyen a la insalubridad de muchas de estas aguas. La salud de la comunidad depende enteramente de la calidad del agua que se almacena bajo sus pies. Numerosos estudios muestran como zonas enteras de África sufren los efectos de este problema. Así Aguado denuncia que países como Tanzania o Uganda, y en general todos los situados en el Gran Valle del Rift consumen agua de pozos ricos en arsénico y fluoruros, con niveles de estos elementos muy superiores a los recomendados por la Organización Mundial de la Salud (Aguado Alonso 2007).

Por otra parte las macrociudades en pleno desarrollo en la zona sufren otro tipo de incidencia, al carecer de infraestructuras para abastecer a una población en rápido aumento que se hacina en suburbios, como se puede observar en el mapa, en el que se muestran las zonas de mayor creciemiento urbano del planeta en color rojo[19], con fuerte impacto en el África Negra.

En estos suburbios tanto la falta de agua potable suficiente como el deficiente tratamiento de las aguas residuales producen un efecto similar, aunque por motivos distintos, al sufrido por los habitantes del medio rural.

[19] World Urbanization Prospects, the 2011 revision. United Nations Population Division.



Sin olvidar el efecto de la contaminación que tanto las grandes concentraciones humanas como la explotación de recursos económicos, sobre todo el petróleo, produce en algunos de los cursos de agua con mayor potencial de abastecimiento a la población.

Otra circunstancia a tener muy en cuenta en lo referente al aprovechamiento que del agua disponible se hace es, además de la producción de alimentos para la exportación que se abordará más tarde, el establecimiento creciente de empresas locales o preferentemente extranjeras que utilizan importantes cantidades de agua para la producción de bienes que son exportados fuera de África. Un claro ejemplo de estas prácticas es el negocio de las flores, con productores tradicionales como Kenia a los que se van sumando otros. El más destacado de los últimos años ha sido Etiopía, hasta alcanzar un porcentaje significativo de su economía, aunque las empresas instaladas son mayoritariamente holandesas. Es precisamente la falta de la cantidad de agua necesaria y su contaminación la que está limitando el crecimiento de esta industria que, aunque beneficiosa para la economía local, desvía un bien tan preciado y escaso para la elaboración de un producto suntuario consumido casi íntegramente fuera de África, en lugar de atender las necesidades prioritarias de agua potable (Tielens 2007).

En definitiva la falta de agua potable es uno de los grandes problemas de África. Incide muy negativamente en la salud de sus habitantes, hace a las familias con pequeñas explotaciones agrícolas o ganaderas muy dependientes de los vaivenes del clima y limita las grandes explotaciones de estos mismos productos. Incluso se convierte en el límite del crecimiento de industrias que pueden proporcionar el tan necesario trabajo a las poblaciones locales. Solo una ambiciosa política de construcción y mantenimiento de infraestructuras permitiría mejorar el tratamiento de las aguas residuales y el almacenamiento y la distribución del agua

potable, haciendo más saludable la vida en la región y potenciando su economía. Sin embargo las expectativas actuales hacen pensar más en las posibilidades de disputas y conflictos por el agua que en la puesta en marcha de un plan regional de construcciones para el aprovechamiento racional del agua.

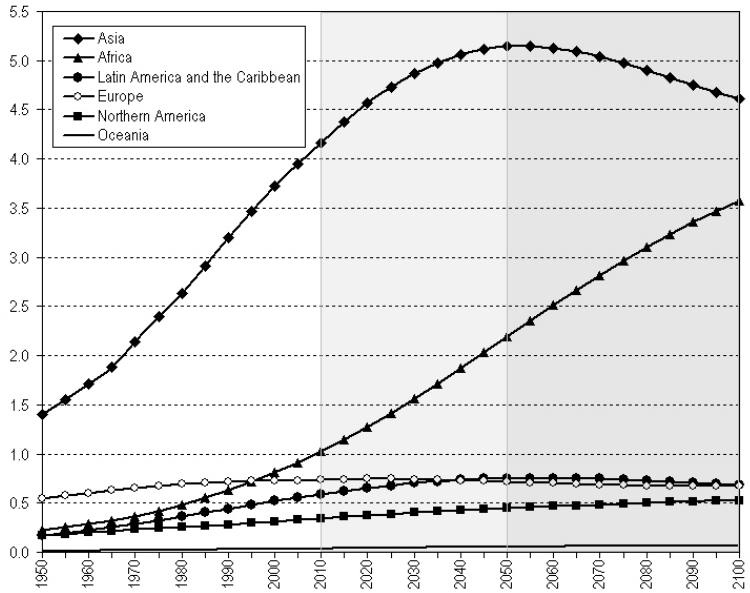
Alimentos

A pesar de los grandes recursos minerales y en hidrocarburos, la tierra y la producción de alimentos que de ella se obtiene constituye posiblemente el principal bien de África. A pesar del mayor impacto en los medios de esos otros recursos como el petróleo o los diamantes, por poner dos conocidos ejemplos, el recurso de mayor dimensión estratégica del África Negra es la tierra. Quizás no para el resto del mundo, aunque en este punto esta afirmación va a quedar en entredicho, pero desde luego sí para los propios africanos.

En la región del mundo en estudio en este documento la vinculación de la gente con la tierra adquiere un valor que, más allá del puramente comercial u originador del sustento familiar, adquiere una dimensión que alcanza con frecuencia el ámbito de lo sagrado (Alao 2007). Este hecho, común en gran medida a las diferentes etnias y tribus de toda la egión, ayuda a explicar las políticas emprendidas por gobernantes como el presidente Mugawe en Zimbawe. Las expropiaciones, independientemente de las fórmulas utilizadas, y el consiguiente reparto de tierras entre amplios sectores de la población favorece un populismo basado en la recuperación de la tierra como elemento visceral del apoyo político a determinados líderes. Sin embargo esta redistribución social de la tierra supone objetivamente la disminución de la producción y de las exportaciones, con la consiguiente pérdida en la entrada de divisas y el empobrecimiento del país (García Rivero 2008).

Hay que tener en cuenta que una de las consecuencias positivas del período colonial y de la posterior presencia occidental en el continente por medio de las distintas versiones posibles de la cooperación, a pesar de la mucha literatura errada en este aspecto, a veces de forma interesada, ha sido la mejora de los aspectos sanitarios y preventivos, con las consiguientes mejoras en aspectos tales como el aumento de la esperanza de vida, la disminución de la mortalidad infantil, etc., respecto a los índices tradicionales, lo que ha traído una explosión demográfica sin precedentes en el continente. Como se puede observar en el gráfico[20] está previsto que este crecimiento se mantenga durante todo el siglo actual, siendo África el único continente en el que se espera un crecimiento de la población elevado y sostenido.

[20] World Population Prospects, the 2010 revision. United Nations Population Division.

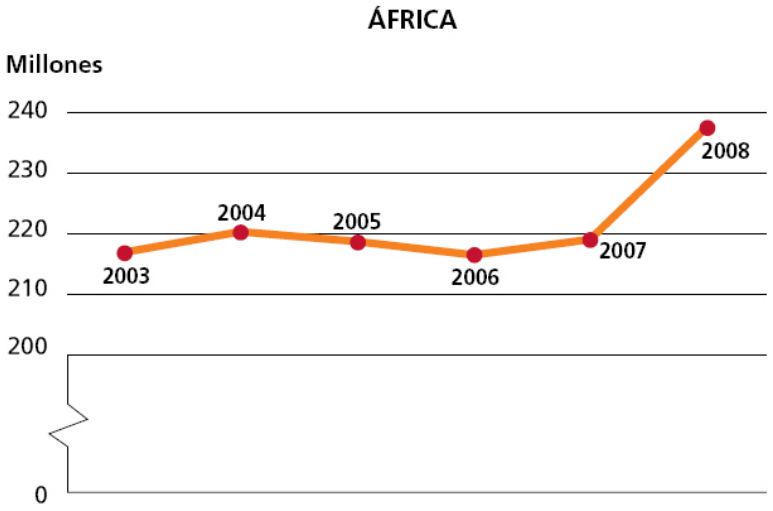


De este modo, y a un ritmo muy elevado, regiones tradicionalmente de escasa población y con crecimientos demográficos muy lentos han sufrido en pocas décadas el peso de una población mucho mayor y en rápido crecimiento. Este proceso además, lejos de moderarse se prevé que continúe en los mismos parámetros. Desgraciadamente la capacidad de generar recursos alimentarios ha crecido a un ritmo significativamente menor en el mismo período, estimado aproximadamente en la mitad[21] del necesario para sostener ese crecimiento de población.

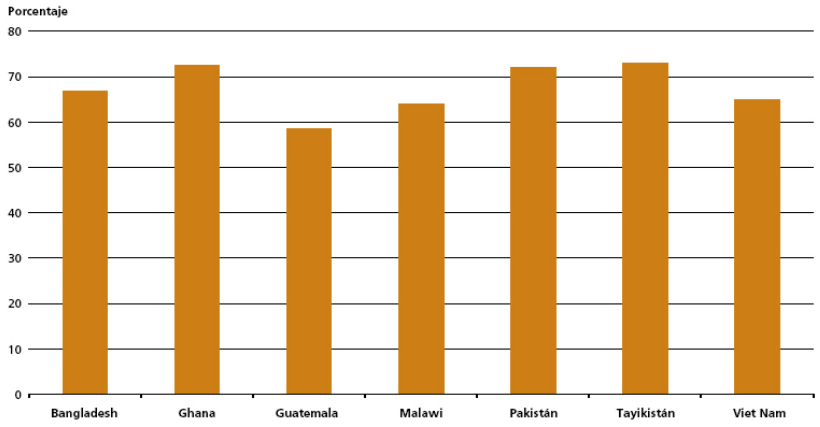
Especialmente grave ha sido la crisis alimentaria de 2006-2008, que provocó en África un incremento notable de personas en estado de desnutrición, como se puede observar en el siguiente gráfico[22].

En el citado informe se señala como, principalmente desde la crisis de la pasada década, los precios de los alimentos están sometidos a una alta volatilidad, manteniéndose no obstante en un franja alta. Es decir, los alimentos se mueven constantemente y exclusivamente entre precios altos y muy altos, en una tendencia que comenzó en 2002 y que parece destinada a mantenerse en los próximos años. Este hecho repercute obviamente en la seguridad alimentaria de todos, pero tiene un efecto muy superior entre los más desfavorecidos del planeta, buena parte de ellos situados en África. Los países pequeños más dependientes de las importaciones, fueron especialmente afectados por la crisis alimentaria.

21 Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO).
22 *El estado de la seguridad alimentaria en el mundo*, FAO 2011.



En el gráfico que sigue se muestran los países en los que la población ha de gastar una mayor parte de sus ingresos en la adquisición de alimentos. Aunque en la zona en estudio destacan Ghana y Malawi, los porcentajes son similares en toda la región. Ante ese 72% de Ghana, por ejemplo, es fácil adivinar la enorme dificultad de las familias para disponer de recursos para cubrir otras necesidades básicas y aún menos en temas como la educación o la vivienda.



Son varios los factores que van a contribuir a la continuada carestía de alimentos en la zona. Los biocombustibles, tan caros para bienpensantes despistados, continúan su expansión en cuanto al número de hectáreas dedicadas a su cultivo, hecho que es reconocido por la FAO como parte

del problema y denunciado por numerosas organizaciones no gubernamentales[23]. La falta de agua o su contaminación, tratada anteriormente, incide en el rendimiento de algunas de las mejores tierras de cultivo, por otra parte sobreexplotadas y con signos crecientes de agotamiento. La búsqueda de nuevas tierras de cultivo representa una solución trampa, ya que la desforestación que conlleva incrementa los efectos de la imprevisibilidad meteorológica y puede suponer a largo plazo una disminución del rendimiento de los campos.

También los altos precios de los combustibles repercuten en los de los alimentos, que han de ser transportados desde las áreas de producción a las de consumo. Este conjunto de factores hace más imprevisible la evolución de las perspectivas de negocio, sobre todo de los pequeños agricultores, que contemplan como de alto riesgo la inversión en mejoras productivas y se enrocan en consecuencia en los métodos más tradicionales, prolongando así el ciclo de la agricultura de subsistencia y la pobreza. De hecho se han detectado casos frecuentes de familias de pequeños agricultores que han de comprar más alimentos de los que son capaces de producir[24].

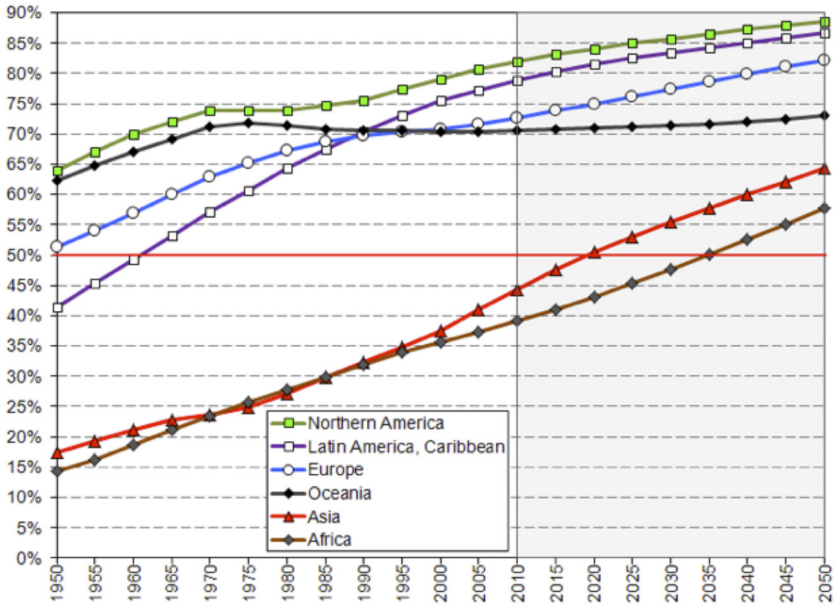
A este ritmo dispar entre población y recursos hay que sumar un fenómeno también relativamente reciente, producto de la globalización y el empequeñecimiento del mundo. Se trata de lo que ha dado en llamarse las *cadenas de valor*, que en este contexto están representadas por las grandes empresas americanas y europeas de distribución del ramo de la alimentación (Oya y Santamaría 2007), que en su búsqueda de productos para alimentar de forma masiva e ininterrumpida los mercados mayoristas de sus grandes ciudades y las grandes superficies se hacen irresistibles para los productores africanos. De este modo una porción muy importante de la producción se exporta mediante este mecanismo, rompiendo los vínculos tradicionales entre el campo y los mercados locales, que se ven frecuentemente desabastecidos y observan por consiguiente el inexorable aumento de los precios tan citado. Además este creciente proceso favorece la concentración de la tierra en pocas manos, porque normalmente el pequeño agricultor es incapaz de cumplir los exigentes requisitos de las referidas distribuidoras en áreas como envasado, etiquetado, denominaciones de origen, etc., por lo que tienden a desaparecer los negocios familiares en beneficio de las grandes explotaciones. Esta circunstancia, ya de por sí negativa, tiene como efecto secundario el incremento de la emigración hacia los extrarradios urbanos, que están experimentando un crecimiento descontrolado, que se mantendrá muy probablemente como indica el gráfico[25].

23 Action Aid International, http://actionaidusa.org/.

24 El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo, FAO, 2011.

25 World Urbanization Prospects, the 2011 revision. United Nations Population Division.

En consecuencia la producción de alimentos también sufre el pernicioso efecto de la progresiva disminución de la mano de obra disponible en el medio rural, solo compensable mediante la introducción de maquinaria y técnicas de cultivo técnicamente avanzadas. Solo las iniciativas de coordinación empresarial de cientos de estos agricultores locales, mediante el establecimiento de cooperativas o fórmulas similares, tienen perspectivas de éxito, permitiendo que estos reciban el asesoramiento y el apoyo técnico adecuado y puedan alcanzar los estándares exigidos por las distribuidoras internacionales mientras conservan y aun aumentan sus explotaciones. En este sentido los ejemplos de esta naturaleza de Kenia, Zambia o Tanzania, entre otros, parecen marcar el rumbo a seguir.



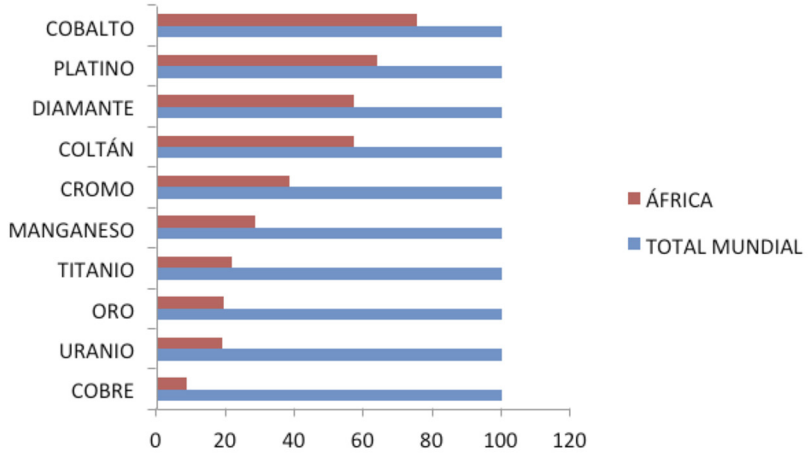
El conjunto de todas las circunstancias citadas presenta un panorama que invita más al pesimismo que lo contrario. La probabilidad de la aparición de hambrunas en la región es alta, y no faltan visiones apocalípticas sobre el futuro próximo de África en este apartado, sobre todo teniendo en cuenta que como resumen acertadamente los tan citados Oya y Santamaría «uno de los problemas principales del continente es su incapacidad para generar suficientes alimentos, sobre todo de un modo estable». A lo que hay que sumar la perspectiva de una menor capacidad y disposición de los países desarrollados para hacer grandes aportaciones en caso de crisis alimentaria, debido fundamentalmente a su particular crisis económica y financiera.

Minerales

Aunque el protagonismo que ha adquirido el petróleo recientemente pueda hacer olvidar esta circunstancia, lo cierto es que los recursos más buscados y explotados tradicionalmente en África han sido los minerales. De hecho, tras la explotación que se hizo de ellos en la época colonial, la economía emergente de muchos países de la zona, y en consecuencia el proceso de construcción nacional tras la independencia, se apoyó económicamente en el incremento de estas explotaciones. Sin embargo la dependencia de muchas naciones de los ingresos generados por este comercio exterior se tornó en numerosas ocasiones en absoluta. Buena parte de la pésima década de los 90 estuvo marcada por el abandono que las empresas internacionales hicieron de las minas, como consecuencia directa de la inseguridad de su personal ante los numerosos conflictos civiles e interestatales en la región, que dificultaban además la comercialización del producto obtenido.

La relativa pacificación de la última década ha permitido retomar la actividad extractiva, lo que unido al encarecimiento de muchos de estos minerales en los mercados internacionales ha permitido a los gobiernos implicados favorecerse con el ingreso de cuantiosas partidas económicas (Di John y Auty 2009).

El gráfico siguiente, que muestra el porcentaje de participación africana – del conjunto del continente en este caso– en la producción de algunos de los principales recursos minerales del planeta, basta para ilustrar la importancia que el continente tiene en la capacidad productiva mundial[26].



[26] Gráfico de producción propia elaborado con datos del informe World Mineral Production 2006-2010, British Geological Survey.

Algunos de los países de la zona en estudio son además auténticos gigantes mundiales en la producción de alguno de estos minerales. Aunque no objeto del área específica a la que se dedica este documento, es necesario hacer referencia a Sudáfrica, líder mundial en numerosos recursos mineros.

Pero de los países que sí son tratados más ampliamente es de destacar el caso de Namibia y Níger por su producción de uranio, un mineral que está creando su propio mapa geopolítico y que con el probable relanzamiento del aprovechamiento de la energía nuclear con fines pacíficos en las próximas décadas, a pesar del incidente de Fukusima, está alcanzando una importancia creciente. El pronosticado ocaso de la producción petrolera junto con las deficiencias todavía hoy inherentes a la explotación de las mal llamadas energías alternativas, realmente no más que complementarias como consecuencia principalmente de su dependencia de las condiciones meteorológicas, la dificultad del almacenamiento de la energía sobrante en momentos de bonanza y, en definitiva, la falta de integridad del sistema que proporcionaría un sistema de abastecimiento energético basado fundamentalmente en estas energías *buenas*, puede prolongar e incluso fortalecer el papel de la energía nuclear en el futuro. En ese caso los países productores verán incrementada la demanda de uranio y, en consecuencia, su papel en el panorama estratégico mundial. Puede ser el caso de los citados Níger y Namibia, que junto con Malawi y Sudáfrica, estos últimos en mucha menor cuantía, producen actualmente el 19,21% del uranio mundial[27].

En cuanto a los minerales más convencionales, como se aprecia en el gráfico anterior, el papel de África como proveedor es muy destacado. Con la salvedad del ya comentado uranio, y en sentido creciente de importancia, se encuentra en primer lugar el cobre, del que África produce un discreto 8,56%, con Zambia y la República Democrática del Congo como productores más destacados[28]. El precio medio del cobre se encuentra en fase de claro crecimiento, con incrementos de hasta el 46% en un año (2009-2010)[29], situándose en valores muy altos, con una demanda creciente principalmente debido al impulso que de ella hace China. En consecuencia los países africanos obtienen por sus modestas producciones unos ingresos sustanciosos que presumiblemente se mantengan al menos en este nivel los próximos años.

La producción de oro ocupa ya un nivel considerable a escala mundial, con el 19,65%[30]. Aunque Sudáfrica, Ghana, Tanzania y Mali son los prin-

[27] World Mineral Production 2006-2010, British Geological Survey.

[28] Ibídem.

[29] Informe *Tendencias Mercado del Cobre 2011-2012*, Gobierno de Chile, http://www.cochilco.cl/archivos/presentaciones/20110126110456_Presentaci%C3%B3n%20Informe%20Tendencias%202011-2012.pdf, consultada el 04/06/2012.

[30] World Mineral Production 2006-2010, British Geological Survey.

cipales productores, lo cierto es que son numerosísimos los países del continente que contribuyen en mayor o menor medida al mercado, con cantidades considerables en Burkina Faso, Guinea o Togo. Aunque con precios variables, también el oro ha experimentado un crecimiento sostenido en los últimos años si se observan ciclos relativamente largos.

El 21,89% del titanio producido lo ha sido en África[31], principalmente en la zona austral, con Gambia como principal productor centroafricano.

Gabón y Ghana lideran al continente en cuanto al manganeso, que en conjunto representa el 28,54% de la producción[32]. De gran importancia en la siderurgia, igualmente es demandado en mayores cantidades debido al efecto del crecimiento de las potencias emergentes.

La producción africana de cromo supone un ya muy destacado 38,57%[33], con predominio nuevamente de los países del sur del continente, de los que Sudáfrica copa por sí sola más del 33% de la producción mundial.

Hasta el 57,11%[34] de la columbita y la tantalita son extraídas en África. Además la combinación de ambos minerales conocida como coltán, de alto valor y escasa presencia en el planeta, se produce en Ruanda y la República Democrática del Congo en cantidades a las que solo se acercan lejanamente Brasil y China, por lo que representa un recurso de gran dimensión estratégica.

Los tristemente famosos, en décadas de conflicto pasadas, diamantes se producen en numerosos países de la zona en estudio. Botsuana y la República Democrática del Congo lideran con mucho la producción mundial, mientras que países como Angola, Namibia, Sudáfrica y Zimbawe también cuentan con extraciones muy productivas. El conjunto del continente alcanza la proporción del 57,18%[35].

El platino, con el 63,98%[36], está mucho menos repartido que otros minerales, ya que Sudáfrica, Zimbawe y Botsuana copan la práctica totalidad de esta importantísima contribución al mercado internacional.

Por último, con nada menos del 75,45%[37] mundial, el cobalto es un recurso de nuevo generosamente repartido entre los países de la zona, si bien en cantidades menores en comparación con la gran producción de la República Democrática del Congo.

En definitiva, el breve recorrido por las principales riquezas minerales africanas lleva a dos conclusiones muy evidentes. Por un lado el gran

31 Ibídem.
32 Ibídem.
33 Ibídem.
34 Ibídem.
35 Ibídem.
36 Ibídem.
37 Ibídem.

peso que el continente tiene como proveedor de estos materiales, muchos de ellos auténticos recursos estratégicos cada vez más demandados, en el panorama internacional. Pero esta riqueza no se encuentra repartida con cierta homogeneidad entre los países de la zona. Así Sudáfrica, la República Democrática del Congo o Botsuana disponen no solo de grandes recursos de uno de estos minerales, sino de varios de ellos, por lo que su dependencia del precio en los mercados de la posible variación de los precios es más limitada. En cambio varias de las naciones nombradas –Ghana, Mali, Ruanda, etc.– son en la actualidad ricas en uno de estos preciados recursos, del que son en gran medida dependientes y, por tanto, vulnerables a las vicisitudes de sus mercados. No obstante la siempre creciente demanda en los últimos años a cargo sobre todo de las potencias emergentes, con una China ávida de todo muy a la cabeza, parece asegurar un ciclo positivo en los precios también en los próximos años.

Otros recursos estratégicos

Dada la enorme variedad y riqueza africana, los recursos tratados son sin duda los más importantes, pero no los únicos disponibles. También la madera ocupa un lugar importante en las exportaciones de varios de los países de la zona, en algunos casos con un peso destacado en la economía nacional.

Uno de los principales productos es la madera en bruto, con una participación africana del 4,8%[38] de la producción mundial, con Nigeria, la República Democrática del Congo, Uganda, Gabón y Etiopía como principales potencias.

El producto conocido como madera en rollo tiene numerosos países con una participación importante en el mercado mundial, destacando Etiopía, la República Democrática del Congo, Burundi, Camerún, Uganda, Tanzania, Kenia, Ghana o Guinea. En conjunto representan el 20,3%[39] de la producción mundial.

También la producción de madera para combustible es importante, con un 33%[40] del total mundial. De nuevo Etiopía y la República Democrática del Congo tienen las mayores producciones, seguidos de Burkina Faso, Ghana, Kenia, Tanzania, Nigeria y Uganda.

Por último la producción específica de carbón vegetal, que es muy importante, con el 58,8%[41] de la producción mundial, de nuevo con Etiopía, Nigeria y la República Democrática del Congo a la cabeza.

38 «Productos Forestales 2006-2010», Anuario de la FAO, 2010.
39 Ibídem.
40 Ibídem.
41 Ibídem.

Sin embargo una comparación de las cifras proporcionadas, esencialmente compuestas por productos poco elaborados, con otras correspondientes a productos de la madera, pero ya con un grado de manipulación y elaboración superior, pone de manifiesto como la actividad maderera en la zona en estudio es principalmente extractiva, sin que existan aún un número suficiente de empresas situadas en la región que proporcionen una labor más compleja, mano de obra más cualificada y una mayor participación en el negocio. Basta observar dos productos para visualizar esta realidad. La madera aserrada africana representa solo el 2,15% de la producción total, mientras que los tableros de madera son solo el 0,99%[42] de la producción mundial.

Pero quizás el más importante de los *otros* recursos estratégicos de los que dispone el África Negra sea producto de su crecimiento demográfico. Normalmente considerado como un factor de tensión y desequilibrio, lo que sin duda es cierto, también cabe considerar a la gran cantidad de personas en edad laboral y prelaboral como un inmenso capital por explotar y uno de los potenciales mayores con los que cuenta la región.

Tanto en su faceta de emigración gradual y controlada hacia países más ricos pero con una evolución negativa de la población, como es el caso de Europa en las próximas décadas, lo que puede producir un fenómeno similar al experimentado por los países norteafricanos, beneficiarios de las remesas de capital enviadas por los emigrantes instalados ya en suelo europeo, como en la de la incorporación a las actividades productivas en sus propias naciones. Este es uno de los principales retos que esperan a África, abordado hasta ahora con escaso éxito, pero al mismo tiempo una de sus principales bazas.

Principales proveedores y clientes

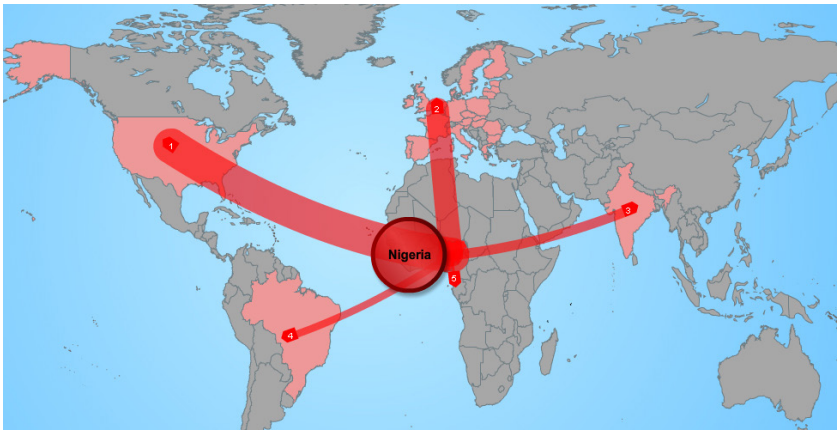
De lo tratado hasta este punto se deduce que África Negra es básicamente un exportador neto de materias primas muy diversas, incluidas de forma creciente las energéticas. El incremento de los precios de las mismas en el último ciclo ha aportado unos ingresos muy sustanciosos a los países de estazona. Esta realidad es común al conjunto de las naciones de la región, si bien en una gradación muy marcada, pues en ella se amalgaman naciones muy extensas con otras de reducido territorio, continuidades geológicas y climáticas que se rompen en ciertos puntos, como consecuencia de la gran amplitud de la zona en estudio.

No extraña por tanto la presencia de grandes potencias exportadoras como la República Democrática del Congo, Nigeria, Angola, y por supues-

[42] Ibídem.

to Sudáfrica más al sur, que lo son de múltiples y variados recursos, con otras que lo son en menor medida, sobre todo en lo que respecta a una mayor dependencia de uno solo o unos pocos recursos, como Guinea Ecuatorial, Botsuana, Ghana o Camerún. Pero lo cierto es que es muy difícil encontrar naciones en la región que no dispongan de importantes reservas de al menos algún recurso estratégico de gran demanda en los mercados.

Para completar el marco es necesario, en consecuencia, conocer quiénes son los principales receptores de esos recursos y cómo se desarrollan estos intercambios. Para ello se han seleccionado tres países de la zona, que sirven de ejemplos significativos, pues de la unión de los patrones de exportación de las tres se pueden inferir fácilmente las pautas seguidas por otras muchas naciones de la región. Nigeria es uno de los países que reúne las condiciones descritas. En el siguiente mapa se pueden observar los principales destinatarios de las exportaciones nigerianas[43].

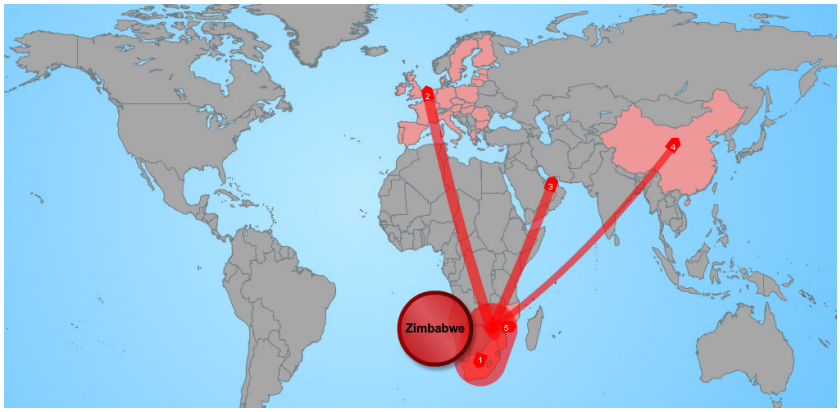


Junto a los casos de Estados Unidos y los países de la Unión Europea, aparecen dos de las tan citadas por numerosos autores potencias emergentes, la India, con el 10,5% de las exportaciones nigerianas y Brasil con el 7%[44], en este caso. El esquema que presenta Nigeria es paradigmático de los vectores de salida de los recursos africanos, que con las inevitables variaciones nacionales, siguen en la mayoría de los casos esquemas muy similares, con la excepcional ausencia de Sudáfrica, en esta ocasión, como uno de los principales receptores de recursos.

[43] Organización Mundial del Comercio, http://www.wto.org/spanish/res_s/statis_s/statis_maps_s.htm, consultada el 06/06/2012.

[44] «Estadísticas del Comercio Internacional 2010», Organización Mundial del Comercio.

El caso de Zimbabue, que se puede contemplar a continuación[45], es complementario con el de Nigeria, ya que incluye dos destinos principales para sus recursos, que son Sudáfrica con el 54,2%, mientras que China recibe un 7,4%[46].



Por último el caso de Etiopía constituye el tercer modelo posible, que sigue los patrones descritos, aunque con una mayor presencia de clientes del entorno regional etíope. Arabia Saudí, Sudán y Somalia reciben hasta el 22,5%[47] de las exportaciones etíopes[48].



En definitiva, de la conjugación de los tres ejemplos presentados surge un patrón bien definido que describe la práctica generalidad del panorama

45 Organización Mundial del Comercio, http://www.wto.org/spanish/res_s/statis_s/statis_maps_s.htm, consultada el 06/06/2012.
46 Ibídem.
47 «Estadísticas del Comercio Internacional 2010», Organización Mundial del Comercio.
48 Organización Mundial del Comercio, http://www.wto.org/spanish/res_s/statis_s/statis_maps_s.htm, consultada el 06/06/2012.

de la exportación de los países de la región en estudio. Este consiste en una primacía como destinos mayoritarios tanto de la Unión Europea como de Estados Unidos, tradicionales grandes consumidores de recursos. A estos hay que sumar un importante y creciente volumen de transacciones dirigidas a potencias como Sudáfrica, China, India y Brasil. El catálogo de los *brics* casi al completo con la notable excepción de Rusia, país prácticamente autosuficiente en el ámbito de los recursos estratégicos.

Hay que destacar la existencia de un tercer pilar del mercado de las exportaciones consistente en el intercambio regional de recursos ante la dispar disposición de los mismos en las diferentes naciones, aunque el volumen de este comercio es significativamente menor que los dos anteriores.

Las conclusiones de los párrafos anteriores, a la vista de los datos publicados recientemente, contradicen en cierto modo a la visión que los medios han establecido en el imaginario colectivo en fechas recientes. Efectivamente las potencias emergentes, con China a la cabeza, son receptoras de una porción importante de los recursos estratégicos que África exporta. Pero lo son desde una fecha mucho más reciente y en claramente menor proporción que las naciones occidentales. A la vista de estos hechos, no caben por tanto afirmaciones, quizás interesadas, acerca de cómo China esquilma o saquea los recursos de África. Simplemente, junto con el resto de las potencias emergentes, se ha sumado, como en tantos otros campos y áreas geográficas, a unos mercados que hasta hace muy poco eran prácticamente monopolizados por las potencias occidentales junto con Japón. Sin olvidar que uno de los principales receptores de los grandes recursos africanos, y a su vez uno de los mayores exportadores de los mismos, es una nación africana, que no es otra que Sudáfrica.

Transporte de los recursos e infraestructuras

La condición de las naciones del África Negra de exportadores de recursos y, aún, bajos consumidores internos de los mismos, plantea la necesidad del transporte de grandes volúmenes de materiales de distinta naturaleza. Las carencias de los grupos terroristas, insurgentes o cualesquiera otra manifestación de la guerra asimétrica tan practicada en nuestros días, tanto desde el punto de vista operativo como el logístico, sin olvidar las muchas veces relegadas pero siempre determinantes doctrinales, es decir el *know how*, les impiden generalmente acometer objetivos, empleando la terminología de Jordán, endurecidos, (Jordán Enamorado 2007), como las propias instalaciones de extracción del gas o el petróleo o las explotaciones mineras, puertos, buques en mar abierto, etc. Sin embargo sus reducidas capacidades sí les permiten sin duda atacar con éxito objetivos blandos. Pocos objetivos más sencillos de dañar, al menos lo suficiente como para interrumpir temporalmente su funcio-

namiento, que los gaseoductos y oleoductos que extienden su trazado a lo largo de cientos o incluso miles de kilómetros. De ahí el riesgo que supone confiar en los proyectos transaharianos en comparación con las ventajas que supone el transporte marítimo desde los puertos del golfo de Guinea y crecientemente en la costa oriental del continente.

Las infraestructuras portuarias y una red suficiente de carreteras y ferrocarriles aptos para el transporte de los materiales desde las extracciones hasta los referidos puertos, los aeropuertos o los centros de distribución, son por tanto algunas de las primeras prioridades para el desarrollo regional. En este sentido son claras las conclusiones alcanzadas por la UE[49], en las que dice respecto a las graves deficiencias de interconexión en el continente:

> «El uso potencialmente lucrativo de los recursos naturales pierde su rentabilidad debido a la insuficiencia o insostenibilidad de las infraestructuras y de los vínculos comerciales».

Declaración enmarcada en los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), que con un horizonte hasta 2015 no van a ser evidentemente alcanzados en esa ya cercana fecha. En este campo las farragosas vicisitudes administrativas de la UE, la llamada a la inversión privada recogida en la citada estrategia como principal impulso y también, como no, la crisis económica que planea sobre Occidente desde hace ya varios años, está contribuyendo a dificultar la competencia con potencias como China en la realización de proyectos de infraestructura, que están poniendo a los gobiernos y las empresas chinas y de otros países en clara ventaja competitiva, al responder a políticas nacionales unitarias no sometidas a necesidades de acuerdos y consensos no siempre sencillos de obtener entre socios. Esta circunstancia va a tener un claro impacto en los próximos años, otorgando a las potencias emergentes ventajas que se van a reflejar probablemente en la competencia por los recursos, que ya en marcha en estos momentos se va a incrementar en el futuro.

Las palabras en octubre de 2009 del presidente de Ruanda, Paul Kagame, al periódico alemán *Handelsblatt* reflejan perfectamente lo expresado en los párrafos anteriores: «China sí le da a África aquello que necesita: inversiones y dinero para gobiernos y compañías». Declarando expresamente cómo este país dedica grandes inversiones a infraestructuras y «construye carreteras», en comparación con la actuación de los países occidentales que no han logrado hacer avanzar a África. Sin duda los bajos costes de producción asociados a los proyectos chinos, inigualables por Occidente, y la despreocupación por los asuntos internos de las na-

[49] Comunicación de la Comisión al Consejo, al Parlamento Europeo y al Comité Económico y Social Europeo, de 12 de octubre de 2005, «Estrategia de la UE para África: hacia un pacto euroafricano para acelerar el desarrollo en África». COM (2005) 489 final.

ciones africanas, que constituye una política de no injerencia muy distinta a la tendencia dominante en nuestras naciones, facilitan enormemente esta alta competitividad china. Pero lo cierto es que lo expresado tan claramente por Kagame representa el pensamiento predominante de gran cantidad de dirigentes africanos en la actualidad.

De este modo, mientras las naciones de nuestro entorno se enredan en conceptos como el respeto a los derechos humanos, el fomento de la igualdad de género o la sostenibilidad medioambiental y adaptación al cambio climático, por ejemplo, que constituyen los tres objetivos transversales del Plan África 2009-2012 del Gobierno de España, que no es más que un ejemplo de los conceptos manejados por Occidente en las décadas más recientes, otras naciones están ganado posiciones en África con una manifestación cruda de *realpolitik* que recuerda otros tiempos.

Si «nada hace tan estimable a un príncipe como las grandes empresas» (Maquiavelo 2010), no cabe duda que los puertos, aeropuertos, líneas férreas y carreteras construidas –normalmente en plazos muy breves además– por la nueva gran potencia mundial a lo largo y ancho del continente africano le han hecho ganarse la estima, y también admiración, de la generación actual de la clase política africana.

Desde luego no se trata de una buena noticia la constatación de que los intereses y las necesidades materiales cortoplacistas se imponen como forma de hacer política, olvidando en gran medida principios éticos de superior rango. Pero en el mundo globalizado actual los recursos están donde están, nuestras necesidades son las que son y las reglas están cambiando a un ritmo vertiginoso, de lo que conviene tomar buena nota.

Recursos como fuente de riqueza o de conflicto en África

Finalizado el breve recorrido por los principales elementos y factores presentes en la explotación y comercialización de los recursos considerados estratégicos en el África Negra, es momento de retornar al campo conceptual a modo de conclusiones acerca del escenario descrito.

En el panorama estratégico mundial parece retornarse rápidamente al antiguo esquema vigente durante siglos, en el que política de Estado, el comercio y la guerra, en potencia o en acto, iban inseparablemente de la mano. Un buen y cercano ejemplo de esta realidad fue el monopolio y exclusividad del comercio con las Indias decretado por la Corona española, desde los primeros tiempos de la conquista hasta prácticamente la finalización del período colonial, que fue el motor y al mismo tiempo la chispa que prendió numerosos enfrentamientos y largas guerras sostenidas contra las potencias que se oponían a esta situación, principalmente Holanda y el Reino Unido (Sáez Abad 2010).

Sin embargo la abundancia de uno o varios recursos estratégicos en un territorio determinado no tiene por qué ser necesariamente fuente de conflicto, como demuestra la existencia de naciones muy favorecidas por la naturaleza que consiguen comercializar pacíficamente sus recursos en ausencia de conflicto. De hecho algunos de estos países alcanzan hoy los mayores índices de desarrollo y seguridad. Noruega es un caso muy evidente de esto último, con una riqueza petrolífera que ha incrementado notablemente su renta en una absoluta ausencia de conflictos. Por tanto la simple ecuación que iguala necesariamente la existencia de recursos a la inestabilidad y la guerra es falsa. Hemos de preguntarnos entonces por qué es habitual realizar esa equiparación, con el apoyo indudable de la frecuencia con la que desgraciadamente se cumple ese aparente axioma.

Para contestar a este dilema se aprecian dos líneas básicas de pensamiento. La primera de ellas sostiene que el descubrimiento de un recurso estratégico en países de bajos ingresos y nivel de vida incrementa grandemente el riesgo de un conflicto, al ser sociedades no preparadas para asumir un relativamente súbito incremento de la renta y el desarrollo potencial del país. En estos casos estos auténticos motivos aparecen enmascarados por otros, más habituales en los análisis polemológicos, como los religiosos o sobre todo los étnicos (Bannon y Collier, *Natural Resources and Violent Conflict* 2003). En cambio otra corriente de pensamiento sostiene que la explotación de los recursos no es la causa profunda de los conflictos, sino las luchas tribales, étnicas, religiosas u otras disputas no resueltas previamente (Baños Bajo 2009).

En el escenario africano parece estar más cerca de la verdad esta segunda línea, al actuar la riqueza generada por el recurso como un elemento facilitador y multiplicador de la capacidad de ciertos grupos, que se ven impulsados a prevalecer sobre sus enemigos seculares gracias al poder que la posesión del recurso en cuestión les otorga. Otro elemento que hay que tener en cuenta es que en la lucha por el poder puede ser tan importante el uso propio de los recursos como la negación del mismo a los contrarios. Este esquema se hace más complejo al entrar en juego altos intereses empresariales e internacionales, que ante la posibilidad de obtener el citado recurso en las mejores condiciones permiten e incluso alimentan, cuando no fomentan, el conflicto.

Las guerras por los recursos son especialmente probables en aquellos países que se dedican de un modo casi exclusivo a la explotación de un recurso estratégico que abunde en su territorio, mientras que la diversificación de las actividades económicas disminuye esta posibilidad de conflicto. Demasiadas naciones africanas basan su economía en uno o unos pocos recursos, lo que incide negativamente en la estabilidad. Además las carencias en materia de gobernanza y la debilidad de muchas instituciones nacionales hacen que las posibilidades de guerra sean altas

entre Estados, pero también entre elementos no estatales al servicio tanto de intereses propios como mediadores de intereses de terceros, tanto naciones como empresas.

Estas debilidades en materia de seguridad y de defensa, el escaso control de las fronteras y la incapacidad de hacer llegar la labor del Estado al conjunto del territorio y la población se convierte así en un acicate para la intervención de diferentes actores, estatales y no estatales, en los conflictos por los recursos más valiosos.

Un elemento adicional, pero que ha de tenerse en cuenta, es el uso coercitivo de sus recursos por determinadas naciones, que hacen de esta baza un pilar fundamental de su política exterior. El caso de Rusia con el gas natural es paradigmático. Sin embargo aún la mayoría de los países africanos carecen del respaldo diplomático, financiero y militar para ejercer esta posibilidad de un modo creíble. No obstante, conforme el agotamiento progresivo de las reservas petroleras de Medio Oriente sea un hecho evidente, se puede producir el progresivo traslado de la cuota de poder, desproporcionado a todas luces, que los grandes exportadores de la zona disfrutan, a los principales proveedores africanos. Quizás no sea tan descabellado pensar en Nigeria y Angola como los Irak o Emiratos árabes del futuro o en Guinea Ecuatorial como el Catar de ese mismo período. Que no se produzca paralelamente el desplazamiento del principal foco de la conflictividad mundial al golfo de Guinea o al resto del África Negra depende esencialmente de la gestión que de las nuevas riquezas hagan las autoridades africanas. Un ejemplo negativo de gestión, que reafirma la posibilidad de que en el continente se reproduzcan comportamientos y sucesos tristemente habituales en otros continentes en épocas más o menos pasadas, es la conocida como «primera guerra africana», donde tropas de Uganda, Ruanda, Burundi, Zimbabue, Angola y Namibia más contingentes menores de otras naciones, se enfrentaron con las riquezas naturales de la región de Kivu en la República Democrática del Congo como una de las causas principales del conflicto (de Díez Jiménez 2009). Todo ello sin que esta vez pudieran achacarse responsabilidades al menos directas a naciones no pertenecientes a la región.

Última reserva mundial

Estamos viviendo una época, que se prolongará en el futuro próximo, donde los intereses nacionales vuelven claramente a primar como consecuencia de la crisis económica y la integración en organizaciones internacionales de carácter económico ha dejado de ser una aspiración prioritaria (Fidler y Nicoll 2011), en un a modo de *sálvese quien pueda*. En esta coyuntura África puede volver a verse perjudicada por una dualidad de hechos aparentemente incoherentes. Primero ante la disminución de

la demanda de algunos de los recursos que las naciones africanas necesitan exportar para su mera supervivencia, y segundo ante la posible relajación de las barreras éticas en esta situación de crisis, tanto de las empresas como de las naciones importadoras. Circunstancia a la que hay que sumar cómo la debilidad de muchos Estados africanos pude situarlos en desventaja ante Estados más poderosos, en este cuerpo a cuerpo bilateral que parece vislumbrarse como el patrón de comportamiento predominante en las relaciones internacionales de los próximos años.

Pero de lo que no cabe duda alguna es de que los países más desarrollados, y también aquellos que en la actualidad pugnan por alcanzar a aquellos, necesitan de los recursos africanos para mantener o incrementar su *status*. Como atestigua la realidad actual de territorios explotados intensamente desde la antigüedad, los recursos más valiosos son finitos. La península ibérica es buena prueba de ello, al estar agotadas buena parte de las explotaciones que en siglos anteriores nutrieron los mercados de diversos minerales e incluso de metales preciosos. En cambio África, debido a la combinación de extensión, la explotación muy reciente de esos recursos y las amplias perspectivas de descubrimientos aún por realizar en territorios donde todavía no se han realizado suficientes prospecciones y catas, es considerada como «el mayor depósito de recursos mundial» (García Bilbao 2011).

Esto está suponiendo la recuperación del interés por África. Tras la utilización del continente por las grandes potencias en el marco de la guerra fría, la región se convirtió en una zona olvidada, generadora de problemas y conflictos, asolada por guerras y situaciones de emergencia humanitaria, a la que se evitaba en lo posible prestar atención. Pero esa circunstancia afortunadamente ha cambiado. A pesar de los graves problemas endémicos de la región, la paulatina mejora de las condiciones de seguridad en la mayoría de los países, el empeoramiento de las mismas en otras regiones del planeta y el crecimiento de la demanda petrolera y de ciertos minerales estratégicos está poniendo en valor de nuevo a África. Esta vez en circunstancias y condiciones más favorables, a priori, para los africanos que con los ciclos anteriores de la colonización y el enfrentamiento bipolar de la posguerra mundial.

El establecimiento de empresas de ámbito internacional en la región se sitúa en cotas nunca antes alcanzadas, el proceso de urbanización –con sus ventajas e inconvenientes– parece imparable, mientras que las relaciones tradicionales con las antiguas metrópolis coloniales están en fase de redefinición ante la irrupción muy vigorosa de nuevos actores que, sin complejos, buscan posiciones de ventaja en la comercialización de esta reserva estratégica mundial. Todo apunta, en definitiva, a un protagonismo regional creciente en el escenario internacional, aunque este se va a ir consolidando lentamente debido al bajo nivel de partida. Por ejemplo Nigeria y Sudáfrica se situaron en 2010 en un modesto puesto nº 37 y

38 de los exportadores mundiales de mercancías, pero experimentando respecto al ejercicio anterior un aumento del 49 y 33% respectivamente, situándose así entre los valores más altos del mundo[50]. Del mismo modo que se suele adjudicar el término de *locomotoras* de la economía a determinadas economías de otros continentes, la presencia de estos gigantes junto con otras naciones suficientemente tratadas en el capítulo tienen el potencial de impulsar no solo el desarrollo nacional sino también el regional, anque para esto es imprescindible la mejora de los mecanismos de intercambio comercial interafricanos, aún muy débiles en comparación con los establecidos con las potencias de otros continentes.

Desde luego la condición de última reserva estratégica ha sido especialmente advertida por las naciones que, sin el peso de décadas cuando no siglos de presencia en los mercados regionales del mundo, se encuentran ahora en la situación de demandar una cantidad de recursos vitales como no lo ha hecho antes en su historia. China, la India, también Brasil y la propia Sudáfrica, aspiran a suplantar a las potencias tradicionales y han fijado a África como una de las principales fuentes de obtención de recursos para su definitivo despegue.

Además cuentan con algunas ventajas cualitativas de consideración, algunas de ellas ya comentadas. Pero no hay que olvidar cómo todas ellas sujetas en su día también a la colonización de las potencias europeas, si bien con diferentes fórmulas, desarrollan con facilidad una suerte de solidaridad con las naciones africanas. A su vez estas mediante un fenómeno de mimesis, en este caso positiva y no antagonista (Girard 1984), en cierto modo proyectan sus deseos a través del éxito creciente de China, por ejemplo, que es capaz de competir en condiciones de igualdad o superiorida en los mercados e incluso el panorama estratégico con sus antiguas potencias coloniales, también antaño de las naciones africanas.

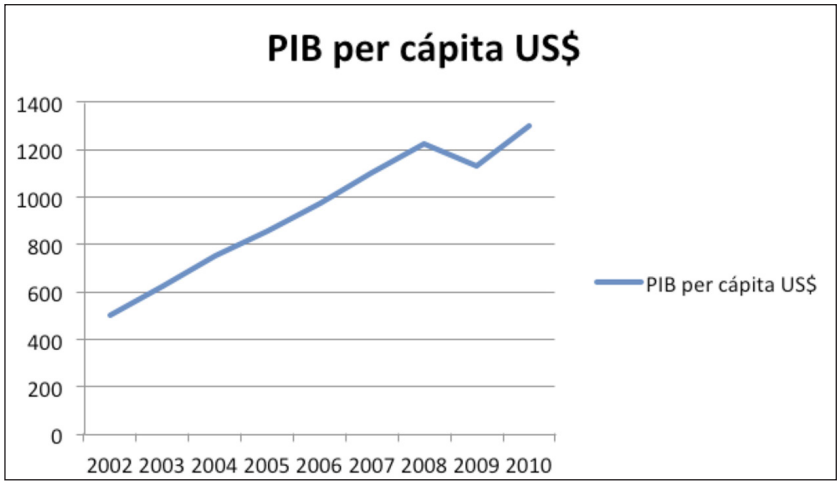
Olvidan quizás inferir cuál sería la postura de China en un posible escenario de escasez, ante el que el rápido fortalecimiento de sus capacidades en materia de defensa y el incremento de sus medios de proyección, parecen apuntar a un posible intervencionismo futuro seguramente no tan alejado de las políticas tradicionales desarrolladas por Occidente en situaciones similares.

Pero el momento de constatar la anterior idea está muy lejano, al menos en la mayoría de los productos exportados por África, pues se encuentran, lejos de su agotamiento, en proceso de ascenso tanto en su producción como en el descubrimiento de reservas, con la posible excepción de los recursos madereros, sobre todo en caso de confirmarse cambios climáticos que pueden afectar negativamente y de no controlarse mejor las explotaciones ilegales.

[50] Organización Mundial del Comercio. Estadísticas del comercio internacional 2011.

Despegue continental o conflictos endémicos

A pesar de las apariencias, en las que normalmente las malas noticias referentes a África son las protagonistas, lo cierto es que también hay datos positivos que mostrar. África lleva viviendo más de una década de prosperidad económica relativa bastante marcada, aunque es cierto que muy heterogénea entre los diferentes países (Mol 2009). Impulsado por los datos de naciones que se desarrollan alrededor del mercado de exportación del petróleo principalmente, como Nigeria o Angola, o incluso Guinea Ecuatorial, este crecimiento se ha incrementado en los últimos años, frente al estancamiento general sufrido por el continente en la década de los 90. En el siguiente gráfico se muestra el crecimiento del PIB per cápita experimentado por el África Negra en la pasada década[51].



Además hay que subrayar cómo los todavía débiles sectores financieros se han mostrado más resistentes al impacto de la crisis de lo que lo han hecho los correspondientes a economías más desarrolladas. En este caso su relativa simplicidad ha sido el principal escudo de las economías africanas, menos expuestas a la crisis de los mercados[52]. Además la demanda de productos de la industria o de consumo ha caído en mucha mayor medida que la de materias primas, que constituye con mucho el grueso de las exportaciones regionales. A lo que hay que añadir el efecto positivo de las remesas de dinero de los emigrantes africanos en otros continentes, con un efecto cada vez más similar en la economía del que

[51] Datos Estadísticos del banco Mundial, http://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.PCAP.CD/countries/ZF?display=graph, consultada el 13 de junio.

[52] Regional economic outlook : Sub-Sáharan Africa resilience and risks. International Monetary Fund, 2010.

obtienen países como Marruecos o Argelia, aunque aún no alcanza este fenómeno el impacto económico que tiene en los países del norte del continente.

Incluso muy recientemente se está abriendo una puerta a una mayor actividad económica y a la generación de millones de puestos de trabajo en un futuro próximo. El Banco Mundial considera que el incremento real de los salarios en China y otros importantes productores asiáticos de manufacturas va a producir en estos países un efecto similar al que sufrió Europa anteriormente. La deslocalización de numerosas empresas que busquen países donde asentarse y llevar a cabo sus actividades con costes de la mano de obra muy inferiores. Efectivamente estos países no pueden ser otros que los africanos. De hecho considera que esta circunstancia puede ser el punto de partida de la transformación económica del continente[53].

En consonancia con los datos anteriores y de forma paralela también han mejorado indicadores relativos a la salud o calidad de vida de los africanos. Solamente dos ejemplos, muy significativos, evidencian esta mejoría. La esperanza de vida ha aumentado en 4 años en la década de los 2000, hasta alcanzar la cifra de 54 años, por otra parte muy inferior a la de otras regiones del planeta, mientras que el gasto en sanidad anual por habitante también ha crecido desde los 28,8$ de 2002 hasta los 84,3$ en 2010.

Por supuesto se trata de una mejoría relativa en comparación con ciclos anteriores. Esto no debe de ocultar una realidad en la que las condiciones sanitarias son en muchos casos muy deficientes, tanto por falta de medios como por graves carencias en hábitos higiénicos. Destaca la incidencia del paludismo, la malaria y el SIDA, del que el 70% de los enfermos se encuentra en África. Un ejemplo sorprendente es el hecho de que se estima que aproximadamente el 75% de los soldados de las Fuerzas Armadas de Zimbabue están infectados. Estos datos y la realidad cotidiana que esconden tras de sí suponen un gravísimo lastre para el desarrollo de los países, estando algunos de ellos en situación crítica en este aspecto.

Por tanto hay que ser muy cuidadoso al hablar de la mejora de las condiciones sanitarias en África, pero lo cierto es que datos objetivos así lo indican.

Uno de los factores que más han contribuido a esta muy relativa prosperidad es precisamente la disminución del impacto de las guerras. Definitivamente la situación de la conflictividad del continente es mejor de lo que era hace 10-12 años. Muchos de los numerosos y terribles conflictos sostenidos durante los años 90 del pasado siglo (Ruanda, Liberia, Sierra Leona, primera y segunda guerra interafricana) han terminado mediante

[53] Todo sobre empleos: de Asia a África, informe del Banco Mundial.

procesos de paz que, si bien no garantizan en modo alguno el cese total de la violencia, al menos sí han disminuido drásticamente su escala. Incluso las cicatrices dejadas por estas guerras, donde afloraron en muchos casos lo peor de la condición humana, parecen estar empezando a cerrarse. En este sentido la condena emitida por el Tribunal Especial de la ONU para Sierra Leona contra el expresidente de Liberia Charles Taylor, culpable de crímenes de guerra y contra la humanidad durante la guerra civil de Sierra Leona (1991-2002) es una ventana de esperanza, principalmente en su aspecto de condena ejemplarizante y a la vez disuasoria para otros responsables en situaciones de crisis en el continente, que inevitablemente habrán de acontecer.

Si solo dispusiéramos de los datos anteriores y otros muchos que han experimentado una evolución similar, no dudaríamos en afirmar que África se encuentra en un período de expansión que puede llegar a concretarse en el tan necesario despegue del continente. Sin embargo este feliz panorama tiene que ser matizado porque también hay datos que arrojan dudas sobre la posibilidad de que se acabe produciendo el citado despegue. Algunos de ellos son internos a las propias dinámicas africanas mientras que otros proceden del impacto de la globalización en la región. De la evolución de muchas de las circunstancias que se exponen a continuación puede depender hacia dónde se decanta la balanza presentada en el título de este apartado. Despegue definitivo o caída en una espiral que acabe con las posibilidades reales de mejora del continente en las próximas décadas o incluso más allá.

En primer lugar, y dentro de esos factores externos que tan determinantes son en el mundo actual, hay que tener en cuenta que nos encontramos probablemente solo en los inicios de los efectos de la actual crisis económica y financiera. De momento, según lo expuesto más arriba, la demanda de materias primas no ha disminuido de forma significativa, pero no cabe duda que si la crisis se convirtiera en depresión y se prolongara un cierto número de años, finalmente la producción industrial caería, y con ella las materias primas utilizadas en sus procesos, generando una demanda menor a la actual. Teniendo en cuenta que los principales destinos de las exportaciones africanas, a pesar de las apariencias, siguen siendo los países de la UE, especialmente afectados por la crisis, y los Estados Unidos, este escenario entra dentro de lo probable. Los otros grandes clientes africanos, con China en cabeza, al fin y al cabo basan su economía en sus exportaciones, que en caso de depresión también decrecerían ralentizando a su vez sus cifras de crecimiento y probablemente su necesidad de materias primas. En resumen, parece claro que el África Negra también se puede ver seriamente afectada por la crisis en los próximos años.

Por supuesto otro factor a considerar es el precio que alcanzan los recursos exportados en los mercados internacionales. Ha sido muy positivo

en los últimos años, pero sin embargo esta realidad no debe de ocultar la fragilidad de este mecanismo, al depender las naciones excesivamente del precio de sus recursos. Un buen ejemplo es la época de bonanza situada entre principios de siglo y 2007, principalmente, con fuertes crecimientos proporcionados por los altos precios de las materias primas (Abizanda Estabén 2011), sometidas a una gran demanda en una época de crecimiento generalizado, coincidente con el definitivo lanzamiento como grandes consumidores de China, India y otros. Pero el ciclo económico mundial parece adentrarse en una nueva fase.

Se trata por tanto de una relación muy directa entre el precio de los recursos a exportar y el crecimiento experimentado. El hundimiento relativo del precio de alguna materia prima, de la que una o varias naciones sean fuertemente dependientes, les provocaría una severa crisis, pudiendo causar incluso catástrofes humanitarias y movimientos migratorios de cierto calado de perdurar en el tiempo esa circunstancia.

En este sentido el análisis de cómo las grandes empresas internacionales contemplan la realidad africana no debe de detenerse solo en la citada vertiente de mayor facilidad y ventaja comparativa con otras localizaciones para operar, maximizando sus beneficios respecto a otras zonas en el planeta. Hay que tener también en cuenta, precisamente por esa altísima competencia unida a la posibilidad de recesión, que dichas empresas tienen cada vez menos margen para asumir riesgos. La posibilidad de realizar grandes inversiones en territorios en conflicto, o con perspectivas razonables de caer en él, es una opción cada vez menos atractiva (Bannon y Collier, *Natural Resources and Violent Conflict* 2003). Sin olvidar tampoco la presión a que las empresas se ven sometidas, tanto desde el conjunto de la comunidad internacional como de la sociedad de sus propios países de origen, para operar con unos criterios éticos que no perjudiquen su imagen y, en consecuencia, el valor de la marca.

Además una realidad instrumental se impone incluso a circunstancias tan relevantes como las comentadas. Se trata de la incapacidad económica y tecnológica de muchos países de la zona para explotar sus recursos por sí mismos y obtener una distribución óptima en los mercados. La conclusión no puede ser más clara. África y las empresas internacionales se necesitan mutuamente, por lo que deben de abandonar de un lado las tendencias depredatorias y de otro el uso de eslóganes y visiones populistas heredadas aún en gran medida de la época colonial y los períodos de emancipación. La única opción de futuro es que se pueda alcanzar lo antes posible una relación comercial plenamente integrada en los usos y costumbres de los mercados internacionales y, por supuesto, absolutamente respetuosa con la legalidad, nacional e internacional, tanto por parte de las empresas como por la de los gobiernos exportadores de los recursos en cuestión, porque la sensación es que África sigue siendo explotada en gran medida, no ya mediante la dominación colonial en beneficio de la

metrópoli, sino mediante una suerte de intercambio desigual (Luis de Sebastián, *África, pecado de Europa*, Madrid: Editorial Trotta, 2006).

Efectivamente las empresas foráneas son con frecuencia acusadas de esquilmar las riquezas africanas sin tener en cuenta las consecuencias que su actividad puedan provocar. No solo en África, por supuesto, pero sí en mayor medida que en otras localizaciones. Pero concediendo una parte de verdad a estas afirmaciones, con una tendencia que ante un mundo crecientemente globalizado y competitivo probablemente incluso muestre una tendencia al alza en el futuro, también es necesario pensar que si esto es así, ¿por qué sucede especialmente en África?

La debilidad de muchos de los Estados y, siguiendo la tesis sostenida por Alao y que se considera correcta, las grandes carencias en materia de gobernanza, que aún afectan a numerosos gobiernos de la zona, facilitan por ejemplo la relajación de las imprescindibles medidas medioambientales que han de acompañar a las explotaciones de hidrocarburos o mineras principalmente, así como las medidas de retorno tecnológico que se ven disminuidas como consecuencia del débil tejido industrial de muchas de estas naciones. Sin olvidar los frecuentes casos de corrupción a gran escala que impiden que los ingresos que la nación obtiene tengan la distribución deseable en el conjunto de la población (Alao 2007).

Lo que nos lleva inevitablemente a considerar una de las asignaturas pendientes, si no la principal, del África Negra, que es el muy deficiente reparto de la riqueza, que hace que la citada prosperidad, aunque sea sostenida en el tiempo, no se refleja suficientemente en el aumento de la calidad de vida de las poblaciones. Muchos de los países de la zona en estudio se encuentran desgraciadamente en cabeza de la desigualdad, medida a través del índice de Gini. Aunque este controvertido indicador adolece de falta de actualización para muchos países o de la ausencia de datos consolidados que permitan su cálculo con exactitud, lo cierto es que muchas veces esta carencia de datos corresponde a la voluntad de los gobiernos, que no quieren ver reflejada esta dura realidad nacional en las estadísticas, lo que ya es de por sí una pésima señal acerca del estado real del grado de desigualdad económica dentro de esos países.

En cualquier caso, de los datos disponibles, se desprende que el desequilibrio en el reparto de la riqueza es en general alto en la zona, con países como Namibia, Zamibia, Níger, Gambia o Zimbabue en los puestos más altos de la tabla[54], mientras que de otros que por vías indirectas y otros indicadores se sospecha que se encuentran en una situación similar, no se disponen de datos. La desigualdad parece además acentuarse al incrementarse las riquezas obtenidas por el país. Merece la pena destacar el caso de Guinea Ecuatorial, con una renta per cápita anual actual

[54] CIA World Factbook 2011.

superior a los 20.000$, mientras que el 67% de la población está bajo el umbral de la pobreza, con menos de 365$ al año. Aunque dada la poca transparencia del régimen no hay datos fiables –una vez más– se estima que podría haber alcanzado un coeficiente de Gini de 76, en un momento en el que además se desarrollan investigaciones en distintos países del mundo acerca de posibles operaciones de blanqueo de dinero por parte de autoridades de aquel país. Por el contrario países como Malawi o Ghana han mejorado notablemente en la última década.

Por supuesto el otro gran tema relacionado con las herramientas internas en manos de los gobiernos regionales es la corrupción y la lucha contra ella. Tradicionalmente asociada a la corrupción la imagen de la sociedad y los gobiernos de muchos de los países del África Negra, la percepción que de ella tienen los habitantes de los distintos países es muy variada en estos momentos. Junto a porcentajes tan elevados como el 88% de los encuestados en Senegal, que perciben que la corrupción ha aumentado en los últimos tres años, el 73% en Nigeria o el 67% en Zambia y Uganda, se encuentran naciones en las que se observa una clara mejora en el mismo período, como Sierra Leona con el 53% de los encuestados a favor de esta opinión, Kenia con el 48% o Liberia con el 51% en la opinión de que mejora o al menos no empeora[55]. Esto demuestra que es posible luchar contra prácticas instaladas durante décadas y que un cierto número de estados africanos está afrontando con éxito la lucha contra la corrupción. De su drástica disminución y de la mejora sustancial del reparto de la riqueza nacional, alimentada en buena parte por la exportación de recursos estratégicos, depende en gran medida el futuro de África Negra. Así casos como el de Togo, en el que se estima que el 80% de la riqueza acaba en manos del funcionariado, oscilando esa cifra en el resto de los países en torno al 60%, impiden el desarrollo real del país a largo plazo.

Un liderazgo político todavía deficiente, con una mentalidad que no es de servicio a los ciudadanos sino de provecho personal de su privilegiada posición es aún frecuente en la región. Muchas veces el aspirante al cambio político solo aspira en realidad a suplantar al que ostenta el poder con los mismos o similares parámetros en el ejercicio del mismo. De este modo, en las circunstancias en las que la alternancia política es posible, la población demasiado frecuentemente solo observa el cambio de los más favorecidos, sin que sus condiciones varíen significativamente.

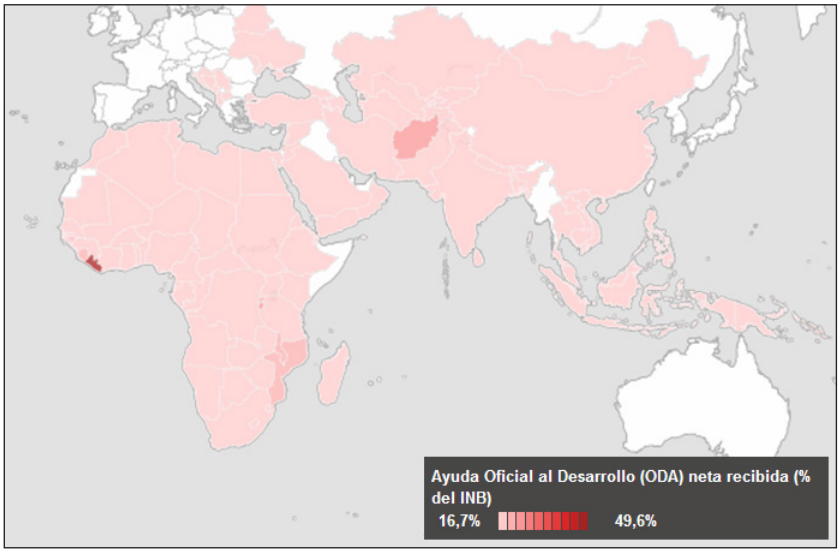
Consecuentemente se ha ido desarrollando en los africanos un sentimiento que se puede calificar con frecuencia como de temor al Estado, al que se contempla como un depredador voraz y no como garantía y seguridad. Este sentimiento lastra decisivamente la evolución política de la población y el fortalecimiento del propio Estado.

[55] Barómetro Global de la Corrupción (2010), Transparencia Internacional.

Estos mecanismos y lacras, junto con las circunstancias históricas, geográficas y climáticas anteriormente expuestas, desembocan entonces con frecuencia en Estados fallidos, incapaces de controlar la totalidad de su territorio y de proteger y extender los servicios sociales a su población. En 2009 se consideró que 7 de los 10 Estados más fracasados del mundo están en el África Negra, y están encabezados por Somalia seguida por Zimbabue[56].

El ejemplo de sus vecinos del norte es muy claro. Independientemente de otras consideraciones y de la evolución de la situación una vez iniciado el proceso, el detonante de la tan manida *primavera árabe* ha sido en gran medida la combinación de la falta de libertades políticas con la existencia de una elevada corrupción y un reparto profundamente injusto de la riqueza en cada una de las naciones afectadas. Este es un hecho que no deben de dejar de tener en cuenta las clases dirigentes de los países objeto del estudio. No se ha producido un efecto contagio inmediato, pero puede ser un modelo a seguir en situaciones políticas futuras también en el África Negra, muy distinta al mundo árabe pero con elementos comunes como se ha descrito.

En otro orden de cosas, la práctica totalidad del continente es beneficiaria de la Ayuda Oficial al Desarrollo, como puede observarse en el siguiente mapa[57].



[56] Informe de *Estados Fallidos de 2009*, Foreign Policy.

[57] El Banco Mundial, http://datos.bancomundial.org/indicador/DT.ODA.ODAT.GN.ZS/countries?display=map, consultada el 13 de junio de 2012.

Esta vía de obtención de recursos se ha mantenido razonablemente estable, pero de confirmarse la amenaza de recesión que pesa sobre una parte importante de los países contribuyentes, la región muy probablemente sufra un impacto negativo al disminuir las cantidades aportadas. Sin embargo lo que no se puede negar es cómo los mecanismos de gestión de la ayuda han mejorado notablemente con el paso de los años, ayudando también a las autoridades receptoras a ser más rigurosas y transparentes en su control y aplicación. De nuevo este dato reafirma la idea de que son los recursos y su acertada explotación la vía que no puede por menos que seguir África para su desarrollo. A pesar de todo, los efectos de la ayuda internacional, bien sea económica, bien mediante las numerosas misiones internacionales que, bajo el paraguas ONU y ejecutadas por diferentes organizaciones internacionales, se han sucedido en África en las últimas décadas y que se sucederán probablemente en futuras crisis, son únicamente paliativos. Estas intervenciones, con ser valiosas y en muchos casos imprescindibles desde una óptica humanitaria, son transitorias. Solo la gestión de los recursos africanos por los africanos tiene la capacidad de cambiar la faz del continente.

Quizás la mayor amenaza en estos momentos a esta potencialidad es la espiral de conflicto latente mutuamente alimentado ante la falta de recursos, sobre todo alimentarios y agua –Robert Kaplan en su ensayo *La Anarquía que viene*– y las hambrunas aún más acentuadas por el estallido de esos conflictos –Paul Richards en su ensayo *Fighting for the Rain Forest*–. Decir que ambas teorías son parcialmente ciertas y no excluyentes, a pesar de la controversia entre ambas en su día. Es posible una espiral en la que ambas circunstancias se alimenten mutuamente. Una *espiral conflictiva del hambre*. La causa inicial de la hambruna puede ser la que apunta Kaplan o la que apunta Richards, pero entrar en un movimiento pendular entre ambas que produzca serias alteraciones a la seguridad de la nación en cuestión y de sus vecinos, incluso países remotos (Estados fallidos, emigración sin control, tráficos ilícitos, etc).

Tampoco el conflicto abierto, a pesar de las mejoras experimentadas y tan comentadas en este capítulo, debe considerarse en consecuencia excluido de la realidad africana. Las guerras en África ya no son de características principalmente tribales, sino producto de una realidad muy compleja en la que aparte de los propios actores locales intervienen terceros Estados, organizaciones internacionales y grandes empresas (de Sebastián 2006), pero presenta hoy causas y razones añejas.

Los motivos religiosos están muy presentes aún, y quizás incluso en incremento en los últimos años. Invariablemente alimentan a los conflictos étnicos, al decantarse pueblos diferentes por religiones distintas, como ha sido el caso del largo enfrentamiento entre musulmanes y cristianos en Sudán. Desde este punto de vista la importación de religiones ajenas a las tradicionales africanas ha añadido un punto de fricción en el con-

tinente desconocido hasta fechas relativamente recientes. La expansión del islam en su frontera sur es uno de los acicates de este tipo de enfrentamiento, con las actividades en Nigeria del grupo yihadista Boko Haram como una de las principales fuentes de inestabilidad en la zona. Aunque este grupo, como se comentó anteriormente, carece por el momento del potencial para amenazar seriamente la extracción y transporte de los recursos nigerianos, sí es capaz de desestabilizar al país lo suficiente como para entorpecer el proceso de desarrollo y aprovechamiento de la creciente riqueza. Sus ataques a las comunidades cristianas fundamentalmente en el norte del país, así como a los que llaman falsos musulmanes, en su intento de establecer una sociedad puramente islámica regida por la *sharia*, introducen un elemento de fricción sin duda negativo para las perspectivas de futuro de Nigeria.

Con un tono distinto, también hay que nombrar las actividades del Ejército de Resistencia del Señor (LRA), grupo terrorista que practica una especie de yihadismo cristiano, en el que imita las motivaciones y métodos de aquellos con el objeto de establecer una sociedad regida estrictamente por los mandamientos cristianos. Son responsables a lo largo de muchos años de grandes atrocidades cometidas en una amplia zona de África Central, lo que ha provocado la reacción militar de los gobiernos de varias naciones, sobre todo Uganda, país de nacimiento de su líder, que están apoyadas por tropas norteamericanas con el objeto de capturar o eliminar a Joseph Koni, al que consideran alma del grupo.

En cualquier caso, aunque muchas de estas actividades se desarrollen en una fase de relativa baja actividad, situaciones que subyacen y que pueden alcanzar un recrudecimiento súbito ante circunstancias impredecibles tales como sequías prolongadas, nuevos descubrimientos de recursos estratégicos en otras localizaciones a las ya conocidas, o los efectos del cambio climático. En definitiva, las causas profundas de algunos de los conflictos africanos no han sido resueltas y cualquier coyuntura o detonante superficial puede tener efectos escalativos inmediatamente.

Llega el momento al fin de intentar contestar a la disyuntiva que aparece en el título de este epígrafe. ¿Despegue de África o conflicto y subdesarrollo? No es fácil decantarse por una de las opciones, como en general no lo es ejercer de augur. Pero posiblemente lo primero es considerar erróneo el planteamiento de la cuestión, en la que se presupone al África Negra como un todo que inevitablemente ha de compartir un destino común. Efectivamente la situación heredada por los diferentes países, aunque disponen de un buen número de características más o menos comunes, no es igual, como no lo es la disposición que la naturaleza ha hecho de los recursos energéticos, minerales, madereros o del agua.

Por tanto sería imprescindible estudiar cada uno de los países que componen la región estudiada para intentar dar una respuesta rigurosa y

pormenorizada, lo que excede la extensión y ambición de este trabajo. De un modo genérico entonces, se puede concluir que la situación de la zona no es buena, ya que aunque ha experimentado notables mejoras en la última década, en aspectos tan esenciales como el económico, la sanidad o la conflictividad, el punto de partida a la finalización de los 90 era tan calamitoso que aún queda mucho camino por recorrer hasta alcanzar unas condiciones de vida para la mayoría de la población al menos aceptables.

Los riesgos que amenazan con devolver a algunos de estos países a una situación similar a la de finales del siglo XX son de consideración, pero no tienen por qué determinar el futuro de los mismos. Solo el riesgo de crisis alimentarias sostenidas con las inevitables subidas de los precios o una confirmación plena del cambio climático, que pueda dañar la disponibilidad de agua o de tierras de cultivo, puede provocar conflictos regionales que conlleven grandes catástrofes humanitarias o el desplazamiento masivo de poblaciones.

En realidad la pelota está, con las citadas excepciones, más en el alero de las élites africanas de las que proceden los dirigentes de las distintas naciones. Poseedoras en su mayor parte de importantes riquezas naturales, apetecidas por las grandes y medianas potencias del resto del mundo, estas élites tienen, quizás por primera vez, la oportunidad de negociar acuerdos comerciales justos que permitan invertir oportunamente, desarrollar su país y hacer llegar a la población los beneficios de esta riqueza. El desgobierno, el sectarismo y la corrupción son los grandes enemigos de esta posibilidad, pues hacen posible las malas prácticas de otras empresas y naciones foráneas que, en absoluto exentas de responsabilidad, han favorecido el mantenimiento de este estado de cosas en África.

Posiblemente sea una quimera pensar que todas las naciones disponen o van a disponer de gobernantes de esta talla. De hecho ejemplos presentes demuestran lo contrario. Pero aquellas naciones que sepan disponer de ellos y de gestionar de un modo razonable sus recursos, aunque amplios finitos, posiblemente lograrán incorporarse a unas vías de mejora y desarrollo esperanzadoras.

Estos recursos, entre los que no hay que olvidar nunca incluir el humano, son la gran baza de África. Les permite adquirir infraestructuras y todo tipo de bienes necesarios para el desarrollo de sus naciones, pero también, y quizás principalmente, les permite comprar tiempo a invertir en su incorporación al mundo.

Hasta dónde puede llegar cada una de las naciones de este modo es difícil de aventurar a largo plazo, pero sin embargo es muy fácil intuir que aquellas otras que no sean capaces de recorrer este camino, de jugar adecuadamente la baza de sus recursos, muy posiblemente pierdan para siempre el tren del desarrollo y volverán a caer en una situación neocolonial de facto en la que las potencias demandantes de sus recursos los

obtengan ventajosamente a cambio de casi nada y la distancia en el nivel de desarrollo entre unas y otras naciones y regiones aumente todavía más hasta hacerse definitivamente insalvable.

Bibliografía

Abizanda Estabén, Federico. *El Continente de las Promesas. África Subsahariana, Continente Ignorado.* Zaragoza: Fundación Seminario de Investigación para la Paz, 2011.

Aguado Alonso, José. *El agua en África.* http://www.madrimasd.org/blogs/remtavares/2007/07/26/70630, 2007.

Alao, Abiodun. *Natural Resources and Conflict in Africa.* Rochester: University of Rochester Press, 2007.

Aznar Fernández-Montesinos, Federico. *Entender la Guerra en el Siglo XXI.* Madrid: Complutense, 2011.

Bannon, Ian y Collier, Paul. *Natural Resources and Violent Conflict.* Washington: The World Bank, 2003.

— *Natural Resources and Violent Conflict.* Washington: The World Bank, 2003.

Baños Bajo, Pedro. *Recursos naturales, guerras y corrupción, África a debate.* Madrid: Ministerio de Defensa, 2009.

Bertaux, Pierre. *África, desde la prehistoria a los años sesenta.* Madrid: Siglo XXI de España, 1994.

Bouthoul, Gaston. *La Guerra.* Barcelona: Oikos-Tau, 1971.

— *Tratado de Polemología.* Madrid: Ejército, 1984.

Coquery-Vidrovitch, C. y H. Moniot. *África negra de 1800 a nuestros días.* Barcelona: Labor, 1985.

Cortés López, José Luis. *La Historia de África en sus hechos, textos y lugares.* Madrid: Mundo Negro, 2007.

Díez Jiménez, Miguel Ángel. *Congo: guerra africana por el poder y la riqueza. Revista Ejército nº 821.* Madrid: Ministerio de Defensa, 2009.

Sebastián, Luis. *África, pecado de Europa.* Madrid: Trotta, 2006.

Di John, Jonathan y Auty, Richard. *La maldición de los recursos, gobernanza, Estado y desarrollo en África Subsahariana.* Real Instituto Elcano, 2009.

Fidler, Stephen y Nicoll, Alexander. *Out of Balance: The Fragile World Economy. Survival.* Washington: The International Institute for Strategic Studies, 2011.

Fuente Cobo, Ignacio. «Visión Geopolítica de África», Documento de Seguridad y Defensa nº 1 del CESEDEN. Madrid: Ministerio de Defensa, 2006.

García Bilbao, Pedro Alberto. «Escasez de Recursos y Políticas Africanas», Monografía del CESEDEN nº 123. Madrid: Ministerio de defensa, 2011.

— «Escasez de recursos y políticas africanas». Monografía del CESEDEN nº 123. Madrid: Ministerio de Defensa, 2011.

García Rivero, Carlos. *Estados fallidos en África: la experiencia de Zimbabwe.* Madrid: Real Instituto Elcano, 2008.

Girard, René. *Literatura, mimeis y antropología.* Barcelona: Gedisa, 1984.

Hobbes, Thomas. *Leviatán.* Madrid: Alianza Editorial, 1989.

Jordán Enamorado, Javier. *El salafismo yihadista en el norte de África. Implicaciones para la seguridad española,* Documento de Seguridad y Denesa nº 10, CESEDEN. Madrid: Publicaciones de Defensa, 2007.

Klare, Michael T. *Guerras por los Recursos.* Barcelona: Urano, 2003.

Le Billon, Philippe. *The Geopolitics of Resource Wars.* Nueva York: Frank Cass, 2005.

Maquiavelo, Nicolás. *El Príncipe.* Madrid: AKAL, 2010.

McDonald, AM. HC. Bonsor, BEO. Dochartaigh, y RG. Taylor. «Quantitative maps of groundwater resources in Africa». *IOP Publishing*, 2012.

Mol, Andrew. *Economía y desarrollo del continente, África a debate.* Madrid: Ministerio de Defensa, 2009.

Moran, Daniel y Russell, James A. *Energy Security and Global Politics.* Abingdon: Routtledge, 2009.

Oya, Carlos y Antonio Santamaría. *Economía Política del desarrollo en África.* Madrid: Ediciones Akal, 2007.

Paz, Centro Internacional de Toledo para la. *Cambio Climático y Seguridad Global,* Documento CITpax nº 12. Madrid: CITpax, 2010.

Peters, Susanne. *The Geopolitics of Resource Wars.* Nueva York: Frank Cass, 2005.

Sáez Abad, Rubén. *La Guerra del Asiento o de la oreja de Jenkins 1739-1748.* Madrid: Alena Ediciones, 2010.

Tielens, Joris. *Flowers from Ethiopia.* http://www.wur.nl/NR/rdonlyres/D52CE746-85F5-4919-9D4E-FB0AE2E0450E/39849/FlowersinEthiopiaUpdate.pdf, 2007.